



EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL CEPILLO
DE LAS ÁNIMAS,

ZARZUELA EN TRES ACTOS, EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EMILIO ALVAREZ,

MÚSICA DE

DON MANUEL FERNANDEZ CABALLERO.

MADRID. 12
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.

OFICINAS: POZAS-2-2.º

1879.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.º DE MARZO DE 1879

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. corresp.
COMEDIAS Y DRAMAS.			
A tiempo.....		H. Giner de los Rios y J. Cont. Crooke.	Todo
Bodas trágicas.....	1 D.	José Echegaray.....	»
Casado y con hijos	1	José Campo Arana..	»
Champagne frappé.....	1	Miguel Echegaray...	»
Céfiro enamorado.....	1	Luis Pacheco.....	»
Complicaciones.....	1	S. Contreras.....	»
Cortar por lo sano.....	1	A. Sanchez Ramon..	»
Dnde fueres, haz lo que vieres.....	1	E. Jackson Cortés...	»
Dos sabios.....	1	Antonio Salazar.....	»
El egoismo.....	1	E. Segovia.....	»
El cuerpo del delito.....	1	José Jackson Veyan..	»
Entre amigos.....	1	F. Flores Garcia....	»
La cinta azul.....	1	Enrique Prieto.....	»
La conciencia.....	1	José del Castillo....	»
La escalera.....	1	Eduardo Guillen....	»
Las citas de Carlota.....	1	Luis Cocat.....	»
Las orejas del lobo.....	1	José Campo.....	»
Lazos del corazon.....	1	R. Leopoldo Palomino	»
Pedro Ponce y Juan Carranza.....	1	José María Nogués..	»
Perdido por mil.....	1	E. Navarro.....	»
Por el balcon.....	1	Enrique Prieto.....	»
Por indicios.....	1	F. Boccherini.....	»
Primera carta de amor.....	1	E. Navarro.....	»
Siguiendo la pista.....	1	Juan Torrecilla....	»
Sin comerlo ni beberlo.....	1	I. A. Bermejo.....	»
Trigninas y filoxeras.....	1	Jaime Piquet.....	»
Un rival en la cuna	1	J. Martin y Santiago.	»
Yo pequé.....	1	Manuel Sala.....	»
A espaldas de su marido.....	2	Ildefonso A. Bermejo.	»
El primer galan.....	2	Eusebio Blasco....	»
La daga de Alfonso XI.....	2	Francisco Macarro..	»
Lo que ha de ser.....	2	Ramon Mariscal....	»
Marte, Baco, Venus y Terpsicore.....	2	Enrique G. Bedmar..	»
Como las golondrinas.....	3	M. Echegaray.....	»
Despues de la boda.....	3	José Campo Arana..	»
Don Baldomero Espartero.....	3	A. Gamayo.....	»
El cura de San Antonio.....	3	Ceferino Palencia...	»
En el seno de la muerte.....	3	José Echegaray.....	»
En la piedra de toque.....	3	E. Alvarez Gimenez.	»
Las penas del purgatorio.....	3	J. Campo Arana (Mit.)	»
María Estuardo.....	3	José Campo.....	»
Ni la paciencia de Job.....	3	Miguel Echegaray..	»
Valiente noche de Reyes.....	3	B. de Monfort.....	Músic

EL CEPILLO DE LAS ÁNIMAS.

EL CEPILLO DE LAS ÁNIMAS,

ZARZUELA EN TRES ACTOS, EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON EMILIO ÁLVAREZ.

MUSICA DE

DON MANUEL FERNANDEZ CABALLERO.

Representada con gran éxito en el Teatro de la ZARZUELA el 28 de
Noviembre de 1879.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 13.

1879.

PERSONAJES.

ACTORES.

JUANA.....	D. ^a ALMERINDA SOLER DI-FRANCO.
ALONSO CARRILLO.....	D. ROSENDO DALMAU.
NUÑEZ.....	ENRIQUE FERRER.
DON GUTIERRE.....	DANIEL BANQUELS.
CRESPO.....	MIGUEL TORMO.
EL CONDE DE MONFORTE.	FRANCISCO MORA.
VARGAS.....	JULIAN GONZALEZ.
JUEZ.....	N. MARTINEZ.
CAPITAN.....	LUIS GARCÍA.

Jueces, médicos, caballeros, guardias, conjurados, soldados, ballesteros, juglares, labradores y aldeanas.

La acción en Olmedo.—1470.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lirico-Dramática, titulada el Teatro, de los Sres. HIJOS de A. GULLON, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

RECUERDO DEL DIA 13 DE FEBRERO DE 1879.

606338



ACTO PRIMERO.

Vista exterior de la casa de labranza de Nuñez en el ángulo derecho, ocupando el izquierdo una gran cerca toscamente fabricada con ancho portillo en el centro, por el que se descubren en accidentado terreno los arrabales de Olmedo. Todo el fondo, hasta los últimos términos, se halla también guarnecido con muros de tierra medio derruidos, y con grandes boquetes que permiten la entrada á la escena, cuyo primer término figura ser el patio exterior de la casa. Á través de los expresados muros, y perdiéndose en lontananza, se descubre una selva espesa. En el trozo nuevo más próximo á la fachada de la casa, hay un cepillo de las ánimas debajo de una lamparilla. Entre dicho muro y la casa se ve la trampa abierta y el principio de la escalera, por la que se desciende á la bodega. En la misma línea, y en el lado opuesto, hay un gran boquete circular abierto en la tierra al que se desciende por una escala, viéndose en derredor un azadon, una pala, un pico y dos ó tres espuelas. En el lado opuesto y esparcidos por delante de la casa varios instrumentos de labranza.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece el coro de VENDIMIA-
DORES y ALDEANAS haciendo entrar por el portillo
un carro que figura estar henchido de uvas, viéndose col-
gar algunos racimos debajo del tosco cendal que cae desde
el toldo. Juana se halla sentada delante de la mesa rodea-
da de algunos labradores, y anotando en un cuaderno.

VOCES. (Dentro) Arre, mohino!

- OTROS.** Toma, roncera!
— Aude ya el carro.
— Dale otra vuelta.
— Suelta esa mula.
— Teu esa bestia.
— Sube la lanza.
— Calza la rueda!
— Arriba!
— Abajo!
— Alloja!
— Aprieta! (Entran el carro.)
- LABRADORES.** (Entrando por el portillo.)
Agobia mi cuerpo
la ruda labor;
abrasan mi frente
los rayos del sol.
Esta es la vida
del labrador.
Mas llega la tarde,
y encuentro en mi hogar
sabrosa merienda
y amante solaz.
Esta es completa
felicidad.
- ALDEANAS.** Guardando la casa
tu hacienda aumenté;
la rueca y el uso
ni un punto dejé.
Esta es la vida
de la mujer.
Mi voz amorosa
te llama al hogar,
sabrosa merienda
te guarda mi afán;
si más deseas
pídeme más.
- LABRADORES.** Dame, cordera mia,
fuerza y rigor,
que anuncia el nuevo día
nueva labor.
- ALDEANAS.** En la noche sombría
tuyo es mi amor;

el sol del nuevo día
le hará aún mayor.

(Las Aldeanas desaparecen por distintos lados; los
Labradores se reúnen formando un solo grupo. y
bajo el mayor misterio.)

L ABRADORES. Al infante de Aragon
hoy alzamos nuestro rey:
en Castilla desde hoy
reinará doña Isabel.
Al brillar el nuevo sol
trocaremos de una vez
el arado y el rejon
por la espada y el broquel.
Silencio! Se acercan
soldados del rey.

(Entra el coro de Soldados con su jefe al frente.)

ESCENA II.

LOS MISMOS, SOLDADOS.

JEFE. (Reconociendo la escena y examinando á los La-
bradores.)

Quién es aquí el jefe?

LABRADORES. El jefe de quién?
Aquí de su gusto
cada uno es el rey.

JEFE. Á dónde caminan?

LABRADORES. Bien claro se ve:
á dónde á su holgura
nos lleven los piés.

JEFE. Por qué se reúnen?

LABRADORES. Tan mal hecho es?

JEFE. Hay ley que lo impide.

LABRADORES. Tirana es la ley.

JEFE. Así cuadra á gentes
de vuestro jaez.

LABRADORES. No aguanto el insulto. (Con violencia.)

JEFE. (Acometiéndoles.) Villanos.

JUANA. (Presentándose de pronto seguida de Nuñez y
Alonso Carrillo)

Tened!

ESCENA III.

LOS MISMOS, JUANA, NUÑEZ, ALONSO
CARRILLO.

Señor, yo por ellos
os pido esta vez;
mostraos conmigo
galan y cortés.
En gentes sencillas
no cabe doblez;
si acaso delinquen
les pesa despues.
Á rudas fatigas
lanzados se ven,
labrando la tierra,
cogiendo la mies,
guardando la planta
que da el fruto aquel,
(Señalando el carro.)
que en anchos lagares
esprimen despues.
Pan blanco y buen vino
os dan á la vez;
merezcan por ello
tan alta merced.

(El Jefe se retira al fondo con los soldados. Las Aldeanas y Labradores llenan de nuevo la escena.)

LABRADORES. Gentil labradora,
bizarra mujer;
qué bien lo relata
su labio de miel.

ALONSO. (Con ímpetu contenido per Nuñez.)
Tan necia arrogancia
hirió mi altivez.

NUÑEZ. En nombre del cielo
prudencia tened.

(Juana ocupa el centro de la escena cercándola todos.)

JUANA. Como el sol de la vendimia
no hay otro sol:
en sus rayos resplandece
la paz de Dios.

Y ese fruto recogido
de bendicion,
os dará para el invierno
dulce calor.

Porque es la suerte
del labrador
regar la tierra
con su sudor;
llega el otoño
y en el lagar
con más fatiga
torna á sudar.

Brota de las uvas—el hirviente mosto,
y de sendas cubas—hace rico Agosto;
y en trabajo rudo, insano,
mézclanse bajo sus piés,
el albillo castellano
y el tintillo aragonés.

Y en continuo
movimiento
sus cantares
lanza al viento
paso viene
y paso va,
pié adelante
y mano atrás;

(Imitando la actitud y movimiento de los pisade-
res de uvas.)

ay, ay, ay,
qué repiqueteo,
qué pisotear,
ay, ay, ay,
lanza al viento
su cantar.

(Llevando el compás con los piés.)

La carne manida,
recientito el pan,
la uva madura,

la mujer agraz.
Más vino da aquella
si madura más;
cuanto esta es más verde
más sabrosa está.
Ay, ay, ay,
qué repiqueteo,
qué pisotear.

Guarde Dios al honrado labriego
que el fruto recoge de tanto afanar,
inundando de vida y sosiego
el régio palacio y el misero hogar.

TODOS. (Llevando el compás con los piés y cruzadas las
manos en la espalda.)

La carne manida,
recientito el pan,
la uva madura,
la mujer agraz.
Más vino da aquella
si madura más;
cuanto esta es más verde
más sabrosa está.
Ay, ay, ay,
qué repiqueteo
qué pisotear.

HABLADO.

JEFE. (Adelantándose desde el fondo.)
El infante de Aragon
vaga por estos contornos:
pena tiene de la vida
aquel que atrevido y loco
le dé asilo, ó favorezca
en sus inícuos propósitos.
Partamos.

(Los soldados se van por la izquierda.)
NUÑEZ. Venid, señor.

(Conduciendo al Infante á la casa.)
Y separaos vosotros. (Con el mayor misterio.)

(El coro desaparece por distintos lados.)

ESCENA IV.

JUANA, CRESPO.

JUANA. Serio anda mi padre.

CRESPO. Siempre
tuvo él cara de pocos
amigos: en cambio su hija
tiene un carácter... y un rostro...
y al andar un contoneo...
y al mirar un golpe de ojos,
que saca de quicio al más
anacoreta del globo.

JUANA. Calla, que hablas mucho, Crespo.

CRESPO. Tal es la pena qua escondo.

JUANA. Pena, de qué?

CRESPO. Qué sé yo!
Ni aun yo mismo la conzco.

JUANA. Es por mi padre?

CRESPO. No tal.

JUANA. Es por mí?

CRESPO. Segun y cómo.

JUANA. Explicate.

CRESPO. Tengo oidos.

JUANA. Acaba ya.

CRESPO. Tengo ojos.

JUANA. Hablas del infante?

CRESPO. No.

JUANA. Pues de quién hablas?

CRESPO. De Alonso.

JUANA. De Alonso Carrillo? Y tú
qué tienes con ese mozo?

CRESPO. Tengo... que en casa se mete!
tengo... que se mete en todo.
Y no hay quien le arranque de ella:
huesped más empalagoso!
Para venir fué de pluma;
para marcharse es de plomo.

JUANA. Eso es natural: mi padre

le quiere como á hijo propio.
Lo es de uno de sus viejos
compañeros, y es un mozo
emprendedor, arrogante...

CRESPO. Échale aún más perifollos.

JUANA. Es que vale.

CRESPO. Es que te gusta.

JUANA. Más que al bebedor el mosto.

CRESPO. No eres corta de resuello.

JUANA. Esto es delito?

CRESPO. Es descoco.

JUANA. Te va algo en ello?

CRESPO. Á mí nada.

JUANA. Pues á qué viene ese tono?

Lo que tú no has de comer
deja que lo amase otro.

CRESPO. Vaya si me lo comiera.

JUANA. Qué dices?

CRESPO. Que me recomo.

(Ahora mismo la daría
un mordisco en cada hombro.)

JUANA. Más te valiera calmar
el mal que á solas devoro.
Mi padre ayuda el intento
tenaz de elevar al trono
al infante de Aragon
atropellando por todo:
riesgo corre de la vida
si yo salvarle no logro,
y no hay medio á que no acuda
para torcer su propósito.

CRESPO. Ya has oido que el infante
se halla oculto; para el tonto
que le dé albergue: en Olnedo
no halla quien le preste apoyo.
si fuera para sacar
ánimas del purgatorio...
Hable si no ese cepillo:
caen diariamente en el fondo
tautas limosnas, que temo
que un dia se caiga á plomo.
Tómale á peso y verás

(Dirigiéndose al cepillo.)

JUANA. Qué te importa á tí, curioso. (Deteniéndole.)
Déjale.

CRESPO. Cómo se abre?

JUANA. No le toques.

CRESPO. No le toco.

JUANA. Mi buen padre mereció
ese privilegio honroso.
Él abre y cierra el cepillo,
merced otorgada á él solo,
por su gran fama de hombre
honrado y fiel y piadoso.

CRESPO. Aquí vuelve... y con Carrillo:
voy á armar un alboroto...

(Óyese el tañido de una campana llamando á la
iglesia, y da principio en la orquesta la pieza
musical cuando se presenta Nuñez seguido de Car-
rillo.)

ESCENA V.

JUANA, NUÑEZ, CARRILLO, CRESPO.

NUÑEZ. La campana llama al templo:
más que en plácidos coloquios
deseo verte ocupada
en ejercicios piadosos.

Mi hermana espera: despues
que al cielo eleves tus votos
conságrala hasta mañana
tus cuidados cariñosos.

Acompáñala tú, Crespo.
Hasta mañana.—Nada oigo.

JUANA. Con Dios quedad.

FERN. Él os guarde.

JUANA. Él os dé grato reposo.

FERN. Y á vos un sueño apacible.

JUANA. No lo espero.

FERN. Yo tampoco.

JUANA. Mal descansa quien se aleja.

FERN. Peor quien queda triste y solo.

JUANA, FERN. Adios, pues.

CRESPO. Qué interminable
tiroteo de piropos.

JUANA. (Saliendo.) (El tal Alonso Carrillo
á fé que es un pino de oro.)

CRESPO. (Saliendo detrás.)
(Ay, Carrillo, si la mano
en los carrillos te pongo!)

ESCENA VI.

D. FERNANDO, NUÑEZ.

Nuñez sigue á Juana y Crespo hasta verlos desaparecer.—
Despues se dirige al cepillo, le abre y saca una contraseña
escrita.

FERN. (Pobre niña!)

NUÑEZ. Ya se alejan.

Por fin nos hallamos solos.

FERN. Hay algun nuevo mensaje?

NUÑEZ. El que yo esperaba ansioso.

Ved: —«Esta noche en la selva.»

FERN. ¡Dios sea loado!

NUÑEZ. (Acendiendo al fondo y llamando á media voz en
todas direcciones.)

Aquí todos!

(Comienzan á renírsele todos los conjurados, y
despues avanzan en grupos, quedando algunos
vigilantes esparcidos por los últimos términos del
fondo, teniendo todo esto lugar con música en la
orquesta.)

ESCENA VII.

D. FERNANDO, NUÑEZ, CONJURADOS.

MUSICA.

NUÑEZ. Amigos, silencio,

- prudencia y valor:
mi voz os convoca,
llegad á mi voz.
- CORO. Amigos, silencio,
prudencia y valor;
su voz nos convoca,
oído á su voz.
- NUÑEZ. Guardad las salidas
de toda agresion.
- CORO. Guardadas las deja
nuestro ojo avizor.
- NUÑEZ. Abajo las armas
que el carro ocultó:
en la ancha bodega
guardémoslas hoy,
(Sacan del carro que quedó en el fondo variedad
de armas y las encierran en la bodega.)
y hallando mañana
la ansiada ocasion
refléjense en ellas
los rayos del sol.
- NUÑEZ. (Ocupando el centro de la escena rodeado de los
conjurados.)
Por la honra del hogar,
por los fueros del honor,
de mortal guerra civil
suene el grito asolador.
por el triunfo de la paz,
por la firme y santa union
de Fernando y de Isabel,
de Castilla y Aragon.
- CORO. El infante debe aquí
alentar la rebelion.
- FERN. (Presentándose á los conjurados)
Aquí firme y fijo está
el infante de Aragon.
(Despues de acoger con júbilo la presentacion, to-
dos se esparcen por la escena observando las ave-
nidas, como defendiendo la persona del infante.)
- NUÑEZ. Guardad las salidas
de toda agresion.
- CORO. Guardadas las deja

nuestro ojo avizor.

NUÑEZ. (Ocupando de nuevo el centro de la escena con D. Fernando, cercado de todos.)

En Dueñas de Medina
ya aguardan la señal:
la infanta envía ahora
su mensajero audaz;
guardado está el camino,
y aquí el mensaje está:
(Leyendo la contraseña.)

«Esta noche en la selva.»

CORO. Esta noche será.

NUÑEZ. Dad tregua al bravo arrojo
que hay otra novedad.

Yo sé por confidencia
explícita y veraz
que el conde de Monforte,
según la voluntad
del rey Enrique cuarto,
desea celebrar

con vos una entrevista (Al infante.)

pacífico y leal,
que darnos puede el triunfo
en venturosa paz.

FERN. Yo acepto la entrevista.

NUÑEZ. Y yo.

ALGS. Y yo.

MUCHOS. Jamás.

UNOS. Ese es un lazo artero.

OTROS. Una invención falaz.

UNOS y OTROS. Peligran del infante

la vida y libertad.

FERN. Pues adelante, y triunfe
el voto general.

NUÑEZ. Prestad el juramento
de amor y lealtad.

(D. Fernando presenta la espada que le entrega un conjurado, y con la mano puesta en la cruz pronuncia el juramento.)

FERN. Juro ante Dios, y á mi honor puro y fiel,
todo mi amor á este pueblo guardar;
juro morir por la infanta Isabel,

y por el bien de Castilla lidiar.
Si un día, en fin, soy perjuro á esta cruz,
fálteme el bien que de mí va en pos;
tierra á mis piés, á mis ojos la luz,
y al espirar la clemencia de Dios.

TODOS. (Tendiendo las manos sobre la cruz de la espada)
Hecha está ya la señal de la cruz;
todos jurad en el nombre de Dios.

UN VIGILANTE. (Desde el fondo.)
Se acerca una ronda.

NUÑEZ. (Despidiendo al coro.)
Oído á mi voz.
Guardad las salidas
de toda agresion.

CORO. Guardadas las deja
nuestro ojo avizor.

NUÑEZ. Cada uno á su puesto.
(Salen todos en distintas direcciones.)
Silencio!

Atencion!

ESCENA VIII.

D. FERNANDO, NUÑEZ, despues CRESPO.

HABLADO.

CRESPO. Reniego de mis amores,
y de mi estrella reniego!

NUÑEZ. Pronto dejaste á mi hija.
(Volviéndose á Crespo con jovialidad.)

CRESPO. Yo? No soy yo quien la dejo:
ella es la que en todas partes
me pone cara de perro.

NUÑEZ. Ella te quiere...

CRESPO. Ella á mí?
Á otro can con ese hueso.
No digo yo que algun día

:

entre cogiéndola en fuego,
y poniéndola en el yunque
y marchando de recio,
no la liciera saltar chispas,
que mano tenga para eso,
y el hierro más duro dóbla se
sabiendo dar en el hierro.

FFPN. Ingenua es la metáfora:
sois al parecer herrero?

CRESPO. Yo soy quien soy, y no es bien
que pongamos mano en ello:
que soy hombre avocindado
y conocido en el pueblo,
y me gano el pan que como,
y pago mi alojamiento,
y no ando á salto de mata,
aquí como y allí duermo,
ni vivo á espensas de nadie,
ni en casa ajena me meto,
y en fin, ni pido, ni canso,
ni hurto, ni estorbo, ni mienta.
(Chúpate esa.)

NUÑEZ. Ponga el mozo
á la torpe lengua freno,
y guarde más cortesía
con quien yo en mi casa hospedo,
ó vive Dios que le enseñe
con esta daga...

CRESPO. Teneos:
no lo dije yo por tanto.

NUÑEZ. Ni por tanto, ni por ménos.
Al trabajo: y oiga y vea,
ciegue y calle... y cepos quedos!

CRESPO. Si basta á desenojaros
desde ahora soy mudo y ciego;
y trabajaré en el pozo
dia y noche.

NUÑEZ. Pues á ello:
Ahonda.

CRESPO. Ya tiene de hondo
cuarenta palmos lo ménos;
pero si os place, ahondaré

hasta los quintos infiernos.

(Crespo pone en orden las herramientas y se dispone á bajar al pozo, mientras Nuñez y D. Fernando dicen aparte.)

NUÑEZ. Llegad vos al sitio en donde os aguarda el mensajero de la infanta; yo entre tanto corro á vigilar los puestos; enviadle ántes de partir; él conoce ya el secreto del cepillo, y verá en él si hay ó no hay en partir riesgo.

FERN.

NUÑEZ.

No:

porque ningun forastero esos umbrales traspone ni á mí se acerca un momento, sin que le acechen y hostiguen; por lo cual inventé el medio que guarda nuestra diaria comunicacion; secreto profundo... á él solamente llegar puede el mensajero: las noticias que yo envío recoge por este medio, y á cualquier hora del dia, sin que nadie caiga en ello, como si fuera limosna de las que caen á cientos, deposita en él las nuevas de la infanta. Ya estais viendo las de hoy.

FERN.

Nueva dichosa!

NUÑEZ.

Partid: yo os seguiré luégo.

Dios proteja vuestros pasos!

FERN.

Guie los tuyos el cielo!

(Se van cada uno por distintos lados.)

ESCENA IX.

CRESPO.

Calle, adónde irá Alonsillo
tan de pronto y tan resuelto?
Irá á ver á Juana?—Sí.—
No.—Si no puede ser eso;
yo la dejo ahora en la iglesia,
y él se va por lado opuesto.
Vaya bendito de Dios.—
Vamos al pozo y ahondemos.

ESCENA X.

CRESPO, el CONDE DE MONFORTE, VARGAS.

Breve preludeo en la orquesta á la salida del Conde.

CONDE. Tristes lugares.

VARGAS. Sí á fé.

CONDE. Mal gusto ha tenido el viejo
Nuñez en labrar su casa
en este arrabal de Olmedo.
Aquí hay un hombre.—Hola, amigo.
Sois vos de esta casa?

CRESPO. Cierto.

CONDE. Está el dueño en ella?

CRESPO. No:
pero estoy yo; yo soy Crespo.

CONDE. Crespo?

CRESPO. Ese es mi apellido;
apellido que deseo
perpetuar en mis amados
hijos, si un dia los tengo;
lo cual no es cosa difícil:
pero como para eso
es necesario casarse,
y como aún estoy soltero,
he pensado contraer

matrimonio.

CONDE. Muy bien hecho.

Tú eres pariente de Nuñez?

CRESPO. Aún no, pero espero serlo.

CONDE. Casándote con su hija?

CRESPO. (Ya me ha calado este viejo:
cómo se habrá manejado
para dar con mi secreto?)

CONDE. Cuál es tu oficio en la casa?

CRESPO. Soy uno de los primeros
mozos de labranza y cuido
las bestias al mismo tiempo:
yo las echo de comer,
las llevo al abrevadero,
aro con ellas de día,
de noche las guardo el sueño,
y mientras ellas descansan
yo en ese pozo me meto
en compañía del amo,
y él ahonda y yo me duermo.

CONDE. Nuñez abre un pozo?

CRESPO. Vaya!
y de prisa.

CONDE. Con qué objeto?

CRESPO. Fácil es de adivinar:
como el río viene seco,
y como cosecha vino,
y como es cristiano viejo,
guarda el precepto cristiano
con todos sus sacramentos.

CONDE. Tú como él apoyarás
los atrevidos proyectos
del infante de Aragon?

CRESPO. Qué me he de meter yo en eso?
No soy yo hombre de partido:
y cuando quisiera serlo,
los que como yo no saben
leer ni escribir, y son lerdos,
y tienen para el asunto
deshabitado el cerebro
y se meten en el ajo,
se parecen á los perros

de caza: les dicen, «busca»
y buscan; «traen» y traen, y luego
que han recobrado la pieza,
comprometiendo el pellejo,
se la quitan de la boca
sin lograr roer un hueso.

CONDE. En eso dices muy bien.

CRESPO. Vaya si digo; á más de esto
mi madre me lo decía:
Tú eres muy borrico, Crespo;
tan débil eres de espíritu
como robusto de cuerpo:
un azadon y una pala
y á escarbar en el barbecho.
La tierra oculta tesoros;
que en estos menguados tiempos
ricos hay que los entierran
ántes de salir huyendo,
y porque á manos no pasen
de pérfidos herederos.

CONDE. Yo me encuentro en ese caso.

CRESPO. Vos, señor?

CONDE. No hablemos de esto,
deseo ver á tu amo:
llámale aquí.

CRESPO. Al momento,
cerca estará. (Buen talante;
quién será este caballero?)

ESCENA XI.

EL CONDE DE MONFORTE, VARGAS.

CONDE. Ricos hay que dan sus bienes
á la tierra ántes que á pérfidos
parientes: de esa verdad
he de ser yo claro ejemplo.

VARGAS. (Ay, don Gutierre, no doy
por vuestra herencia dos bledos.)

CONDE. Qué dices tú?

VARGAS. Nada digo.

- CONDE. Servidor fuiste algun tiempo
de mi sobrino, y parece
que aún le conservas afecto.
- VARGAS. Yo á don Gutierre?
- CONDE. Hánme dicho
que se avecindó en Olmedo:
ya se vé, espera heredar
todo cuanto yo poseo!...
Sé que con amaños viles
ha hurtado mi testamento,
pero á tiempo advertí el hurto
y he de otorgar uno nuevo.
Ántes que pase el castillo
á poder de ese mancebo
sin fé ni honor, por mi nombre
que pongo al castillo fuego;
y ay de él si le hallo!
- VARGAS. (Ay de tí,
si da él contigo primero!)
- CONDE. Quién se acerca?
- VARGAS. Es maese Nuñez.
- CONDE. Déjanos solos.
- NUÑEZ. (Apareciendo en el fondo.) Qué veo!
(Vargas se retira al fondo desde donde observamos
escena siguiente.)

ESCENA XII.

EL CONDE, NUÑEZ, VARGAS, en el fondo.

- NUÑEZ. El conde de Monforte!
- CONDE. Buen Nuñez, ven.
- NUÑEZ. Qué novedad os trajo
hoy á esta casa?
- CONDE. Asuntos de la córte.
- NUÑEZ. Hablad, señor.
- CONDE. Más bajo.
Veo que no descuidas el trabajo.
- NUÑEZ. No trae el rio agua todavía
y abrir en casa un pozo necesito.
- CONDE. Y no haces otra cosa?

- NUÑEZ. No á fé mia.
Trabajo en ese pozo noche y dia:
puede decirse que en su fondo habito.
- CONDE. Recuerdo que ántes de labrar la tierra
fuiste un bravo soldado.
- NUÑEZ. Qué mucho si servía á vuestra lado?
- CONDE. Y hombre que tanto vale aquí se encierra?
- NUÑEZ. Yo soy viejo, señor, para la guerra.
- CONDE. Pues dícese que aún eres
ardiente partidario del infante;
no me lo ocultes si su triunfo quieres;
conoces mi lealtad.
- NUÑEZ. Id adelante:
de ella hartas pruebas tengo.
- CONDE. Pues da al misterio punto,
porque á pedirte vengo
franca declaracion sobre el asunto.
- NUÑEZ. Preguntad,
- CONDE. El infante don Fernando
á Dueñas de Medina se encamina
protegido por gentes de su bando,
y la infanta Isabel desde Medina
le envía con un paje
uno y otro mensaje,
que por oculto y singular camino
llegan á su destino
sin que el poder del rey el mal ataje.
No es cierto?
- NUÑEZ. Cierto es.
- CONDE. Sé que la infanta
su union con don Fernando así adelanta;
y sé que cuando al fin suene la nueva
feliz del casamiento,
la rebelion que al trono á ambos eleva
estallará al momento.
No es este el plan?
- NUÑEZ. Sí á fé.
- CONDE. Pues con tu ayuda
yo á mejorarle vengo.
- NUÑEZ. Vos?
- CONDE. Sin duda.
Dando fin á sangrientas rebeliones,

lejos de las pasiones
de uno y otro bando,
vengo á pactar la paz con don Fernando.
Y el rey Enrique cuarto...

NUÑEZ.

CONDE.

Ya conoces
la influencia que ejerzo en su persona;
él la entrevista abona.
Conduce aquí al infante:
conozca él mi deseo.

NUÑEZ.

Imposible, señor, en este instante;
mas ya que aquí no puedo,
hágase en Dueñas lo que no en Olmedo.

CONDE.

En Dueñas. (Con firmeza aceptando.)

NUÑEZ.

Sea pues.

CONDE.

Cuándo?

NUÑEZ.

Mañana.

(El Conde se dispone á salir.)

Á acompañaros voy.

CONDE.

(Deteniéndole.) Pediré ántes
en la iglesia cercana
que envíe Dios su ayuda soberana
á Castilla, y al rey, y á los infantes.
(Desaparecen por la derecha.)

ESCENA XIII.

D. GUTIERRE, VARGAS.

VARGAS. Quien escucha su mal oye.

GUT.

(D. Gutierre se ha dejado ver poco ántes en el
fondo de la selva, y se adelanta despues obser-
vando la direccion que toman el Conde y Nuñez.)
Sí en verdad; todo lo he oído.

VARGAS.

Nos seguisteis?

GUT.

Yo no pierdo
de vista á mi amado tío.
Me deshereda, me humilla;
y para excusar su indigno
proceder, hoy me moteja
de pródigo y libertiuo:
que he derrochado los bienes

- de mi madre... no eran míos?
Los suyos me niega en vano;
soy su heredero legítimo.
- VARGAS. Hoy para afrentaros más
ha jurado destruirlos.
- GUT. Vive Dios que no ha de ser!
Por mi orden has sustraído
hábilmente el testamento;
ponle en mis manos hoy mismo.
- VARGAS. Imposible: ha sido el hurto
descubierto, y decidido
está á otorgarle de nuevo.
- GUT. Qué dices? Hay que impedirlo.
Ántes la muerte sorprenda
á mi despiadado tío.
- VARGAS. Nada más fácil. (Con fría intencion.)
- GUT. Por dicha
en breve sonará el grito
de guerra civil; el Conde
es belicoso, y confío
en que á un golpe inesperado
lance el último suspiro.
- VARGAS. La guerra no estallará;
el Conde mañana mismo
verá al infante en secreto,
y olvidando odios antiguos
y siendo en esta ocasion
raro ejemplo de su siglo,
por dar la paz á Castilla
da el triunfo á sus enemigos.
- GUT. Esa odiosa paz nos pierde.
- VARGAS. Calma: Nuñez tiene el hilo
en esta intrincada madeja:
el extremado cariño
le cela de su hija Juana,
y de él podemos servirnos.
- GUT. Cómo?
- VARGAS. Si la interrogárais
á solas con tal motivo...
su padre arrostra la muerte
y ella presiente el peligro;
y es capaz para evitarle

hasta de enterrarle vivo.
Si vos trajerais la orden
de su prision...

GUT. Entendido.

VARGAS. A propósito: imprudente
anda el Conde, vuestro tío,
arriesgándose á andar solo
por tan apartados sitios.
No os parece?...

GUT. (Con siniestra expresion.) Ciertó; nadie
está libre de enemigos,
ni el Conde tiene la vida
asegurada... Qué miro!
Aquí llega Juana.

VARGAS. Os dejo.

GUT. Pronto iré á unirme contigo.

ESCENA XIV.

JUANA, D. GUTIERRE.

JUANA. (Llegando agitada por la izquierda.)
Dios me valga! De esta vez
se confirman mis temores:
he oido al salir del templo
amenazadoras voces
contra mi padre: «Ay de Nuñez!»
decían aquellos hombres;
y eran agentes del rey.
Pues aunque grite y se enoje,
vuelvo á defender su vida.
Don Gutierre.

GUT. Me conoces?

Dónde se encuentra tu padre?

JUANA. Señor...

GUT. Por qué no respondes?

Llámale aquí.

JUANA. No está en casa.

GUT. No te turbes ni te azores:
tu deber es ocultarle,

pero yo traigo la órden
de prenderle.

JUANA. (Oh, Dios!) Cuál es
su delito?

GUT. El más enorme.
Jefe es de la trama urdida
contra el rey. No te acongojes:
aún puedes salvar su vida
si á mi mandato eres dócil.

JUANA. Qué debo hacer?

GUT. Impedir
que sus intentos se logren:
él á Dueñas de Medina
debe partir esta noche,
donde á despecho del rey
cierta entrevista dispone.
Si parte su muerte es cierta;
dile que va á errar el golpe:
que el rey persigue la trama,
y que segun tus informes,
esa entrevista es un lazo
preparado por el Conde,
para prender al infante
y burlar sus pretensiones.
Si á tu padre salvar quieres,
fuerza es que su intento estorbes.

JUANA. Lo prometo; pero en cambio
destruid vos esa órden
de prision.

GUT. Aunque tu padre
las iras del rey provoque,
será libre en recompensa
de tu accion leal y noble.

JUANA. No partirá.

GUT. Me lo juras?

JUANA. Dios mi juramento oye.

GUT. Pues él proteja á tu padre.

JUANA. Él guarde al rey y á la córte.

ESCENA XV.

JUANA.

Ay de mi padre, si así
del rey á la ley se opone.
Él es!... y yo he vuelto á casa
desobedeciendo su órden...
Sólo al mirarle ya estoy
temblando como el azogue.
Antes de arrastrar su enojo,
me esconderé... pero en dónde?...
Si entro en casa... y da conmigo...
Ah!... aquí. (Ocúltase detrás del carro.)

ESCENA XVI.

NUÑEZ.

La música empieza en la orquesta. La escena oscurece poco á poco.

NUÑEZ. Ya avanza la noche:
partiré con el infante
antes de que el alba asome.

JUANA. (Oculta detrás del carro)
No partirá.

NUÑEZ. (Reconociendo la escena.) Solo estoy.
Si alguno me acecha...
(Dirigiéndose al cepillo.) Torpes!
Cuanto más miran y escuchan
ménos ven y ménos oyen.

JUANA. (Siguiendo con gran agitacion todos los movi-
mientos de Nuñez.)
Llega al cepillo... Qué veo?
(Viendo echar un papel.)
Ahí el misterio se esconde.
(Nuñez se aleja despues de echar el papel en el

cepillo, y vuelve de pronto.)
Si ha llegado alguna nueva...
Veamos.

(Toca en un resorte oculto debajo del cepillo, éste se abre de golpe, y vuelve á cerrarle alejándose por el fondo hasta desaparecer.)

JUANA.

Tiene un resorte.

NUÑEZ.

No hay ninguna.

JUANA.

Virgen mia,
ven á mí; no me abandones!

MUSICA.

Pobre morada mia.
querido albergue de mi orfandad ,
ya en tu extension sombría
todo es silencio y soledad.

No he de volver ya á verte,
llena de vida, rica de amor,
el ángel de la muerte
bate las alas en tu redor.

Virgen inmaculada,
Madre del Redentor,
salva de muerte airada
al padre de mi amor:
y si tan fuertes lazos
la muerte ha de cortar,
en tus amantes brazos
véame yo espirar.

HABLADO.

Me lo daba el corazon:
mi padre es el jefe de esa
horrible trama que el rey
persigue... su muerte es cierta...—
Yo el secreto sorprendí;
ese cepillo le encierra.

Ahora sabré...

(Corriendo decidida al cepillo y deteniéndose de pronto.)

Tengo miedo...

Sola estoy... temores fuera;
para defender su vida

(Vuelve al cepillo.)

á todo me hallo reuelta.

El resorte... bien lo he visto,
aquí debajo se encuentra... (Registrando.)

Aquí está... un boton de hierro...

pero mi mano no acierta...

Oprimiéndole... no... Ah, sí!

(El cepillo se abre de golpe)

Oh Dios mio! dame fuerzas!

(Sacando y leyendo el papel.)

«Seguid adelante.»—Este

es el aviso que espera

don Fernando... pero no

llegará...

(Llega á la mesa y escribe en otro papel)

 Mi mano tiembla...

«Volved atrás...»—Esto es.

(Depositando lo escrito en el cepillo y cerrándole.)

Huyamos: álguien se acerca;

si es mi padre... más que nunca

debo ahora huir su presencia.

(Desaparece sigilosamente. Momento de silencio:

música en la orquesta.)

ESCENA XVII.

Llega por el fondo un embozado, reconoce el sitio detenidamente, y con la precaucion precisa se acerca al cepillo, abre, recoge el papel, y se aleja de igual modo. Nuevo silencio. Por los últimos boquetes del fondo se ve cruzar á D. Gutierrez acechando la escena y seguido de Vargas desaparece por la derecha, oyén-lose instantáneamente la detonacion de un arma de fuego al fuerte de orquesta, al aparecer por le izquierda el conde de Monforte.

ESCENA XVIII.

EL CONDE DE MONFORTE.

Llegando por la izquierda con recelosa actitud.

CONDE. Qué es esto?... Ver he creído
cruzar dos sombras siniestras:
dispararon contra mí ..
Qué vil emboscada es esta?
Preparóla, don Gutierre...
El es... le he visto de cerca.
Rodeado estoy de asesinos...
él mismo á mi vida atenta
para heredarme, y por Dios,
no ha de ser suya la herencia.
Más si ántes sucumbo... quiero
(Saca de la escarcela una cartera y escribe.)
escribir... sobre esta mesa...
cuatro palabras que expresen
mi voluntad... la postrera
acaso... si es mi destino
que en esta noche perezca,
hallen sobre mi cadáver
lo escrito en esta cartera.
(Vuelve á guardar la cartera.)
(Llamando.)
Nuñez!... Nuñez!.. Qué espantosa
soledad... nadie contesta.—
Temor indigno de mí:
partamos; Vargas me espera.
Ay del que me salga al paso
si otra vez el golpe yerra!
(Se aleja por el fondo.)

ESCENA XIX.

CRESPO.

Óyese de lejos la voz de Crespo, y llega despues por detrás de la casa con una linterna encendida y cantando á grito pelado.

Para que maese Nuñez
me dé á su niña,
trabajo yo en su pozo
de noche y dia:
Vamos al pozo;
cuanto más hondo cavo,
amo más hondo.

HABLADO.

CRESPO. Ya se halla recogido
todo el mundo: á pierna stelta
duermen los mozos, y han
comido el pienso las bestias,
y á bostezar empezaban
al separarme de ellas;
todas duermen... ménos yo,
que estaré la noche entera
ahonda que te ahonda... al pozo:
y quiera Dios que así venza
el genio adusto del amo:
mas los regalos y fiestas
las guarda para Carrillo;
para mí las reprimendas.
Ay, si el dicho de mi madre
algun dia se cumpliera!

(Descendiendo al pozo, al empezar á cantar y perdiéndose la voz como á la salida.)

Tesoros ignorados
la tierra oculta;
escarbando en la tierra

yo haré fortuna:
Ay mi tesoro!
cuanto más hondo cavo,
ménos te logro.

ESCENA XX.

EL CONDE DE MONFORTE.

Confundidos con los últimos ecos de la voz de Crespo, óyese á lo lejos la del Conde de Monforte pidiendo socorro, y llega despues por el fondo ensangrentado y jadeante con la cartera en la mano.

CONDE Nuñez!... Nuñez!... Á mí!... Nadie!
No hay quien me favorezca!
Herido fui por la espalda...
si acuden... si se apoderan...
de mi...
(Convulsivamente oprimiendo en la mano la cartera.)
Ah!... dentro del pozo
percibo luz... ahí se encuentra...
Nuñez... él me vengará...
á él... á él... mi cartera!...
(Arroja la cartera en el pozo y cae exánime.)

ESCENA XXI.

NUÑEZ, D. FERNANDO.

NUÑEZ. Qué es esto?... Alguien pronunciaba
mi nombre.
FERN. Héme aquí de vuelta.
NUÑEZ. Vos aquí?
FERN. Segun tu aviso.
NUÑEZ. Yo os decía que siguiérais
adelante.
FERN. No: volver
atrás tu aviso me ordena.

- (Dándole el papel.)
NUÑEZ. Traicion!... Alguien ha vendido
nuestro secreto...—Oh, y esa
voz que demandaba auxilio...
un hombre tendido en tierra...
herido... muerto... es el conde
de Monforte...
FERN. (Reconociendo el cadáver)
Ya no alienta!
NUÑEZ. Muerto... asesinado...—Ah, sí!
Matóle la vil y artera
córte del rey.—Oh, venganza!
GUT. (Seguido de soldados con antorchas.)
Nuñez!... Venganza sangrienta!
-

ESCENA XXII.

FER NANDO, D. GUTIERRE, NUÑEZ, VARGAS
coro de soldados, acompañamiento.

MUSICA.

- GUTIERRE. Yo daré con la persona
del infame matador:
yo, sin tiempo de evitarlo
sorprendí el golpe traidor.
Á favor de esa espesura
el villano logró huir;
pero yo pude en la huida
sus facciones descubrir.
Muerto fué mi amado tío
sin defensa y á traicion;
su asesino es el infante
don Fernando de Aragon.
(Dirigiéndose al Coro.)
FERNANDO. (Contenido por Nuñez.)
No tolera mi grandeza
tan infame acusacion.
NUÑEZ. (Suplicando á media voz.)

Por la vida de la infanta!...
por Castilla y Aragon!

(Los soldados retiran el cuerpo del conde de Monforte. D. Fernando y Nuñez á un extremo; D. Gutierre y Vargas cercados del Coro)

NUÑEZ. Él perderos intenta,
y se ha perdido él.
Ni un solo acento ahora;
ya está en nuestro poder.
Y aquel día de ansiada justicia
que inunde á Castilla de plácido bien,
á los piés de vuestra alta grandeza
caerá su cabeza
cortada á cercea.

FERNANDO. Él con tan vil calumnia
perdióse de una vez;
él es el asesino,
y parricida es.

Y en terrible ejemplar desagravio
del nombre preclaro que aquí osó ofender,
á la faz de Castilla mañana
su lengua villana
clavada he de ver.

GUTIERRE. Mia es la córte entera,
mio el favor del rey;
yo contra don Fernando
cien huestes alzaré.

Y logrados mis bellos ensueños
de gloria y grandeza, riqueza y poder,
á merced de mi voz altanera
la plebe grosera
postrada he de ver.

VARGAS. Muerto una vez el Conde
ya don Gutierre lo es:
las glorias de esta hazaña
yo partiré con él.

Mas si el diablo lo enreda algun día,
y algun cabo suelto descubre el pastel...
por Luzbel que la idea me espanta
y ya la garganta
me huele á cordel.

CORO. Muerto una vez el Conde
ya don Gutierre lo es;
hay que olvidar al muerto,
y al vivo hay que atender.

GUTIERRE. Para el traidor
que huyendo va,
la nueva luz
no ha de alumbrar;
cercada al fin
la selva está:
tras él partid,
corred, volad.

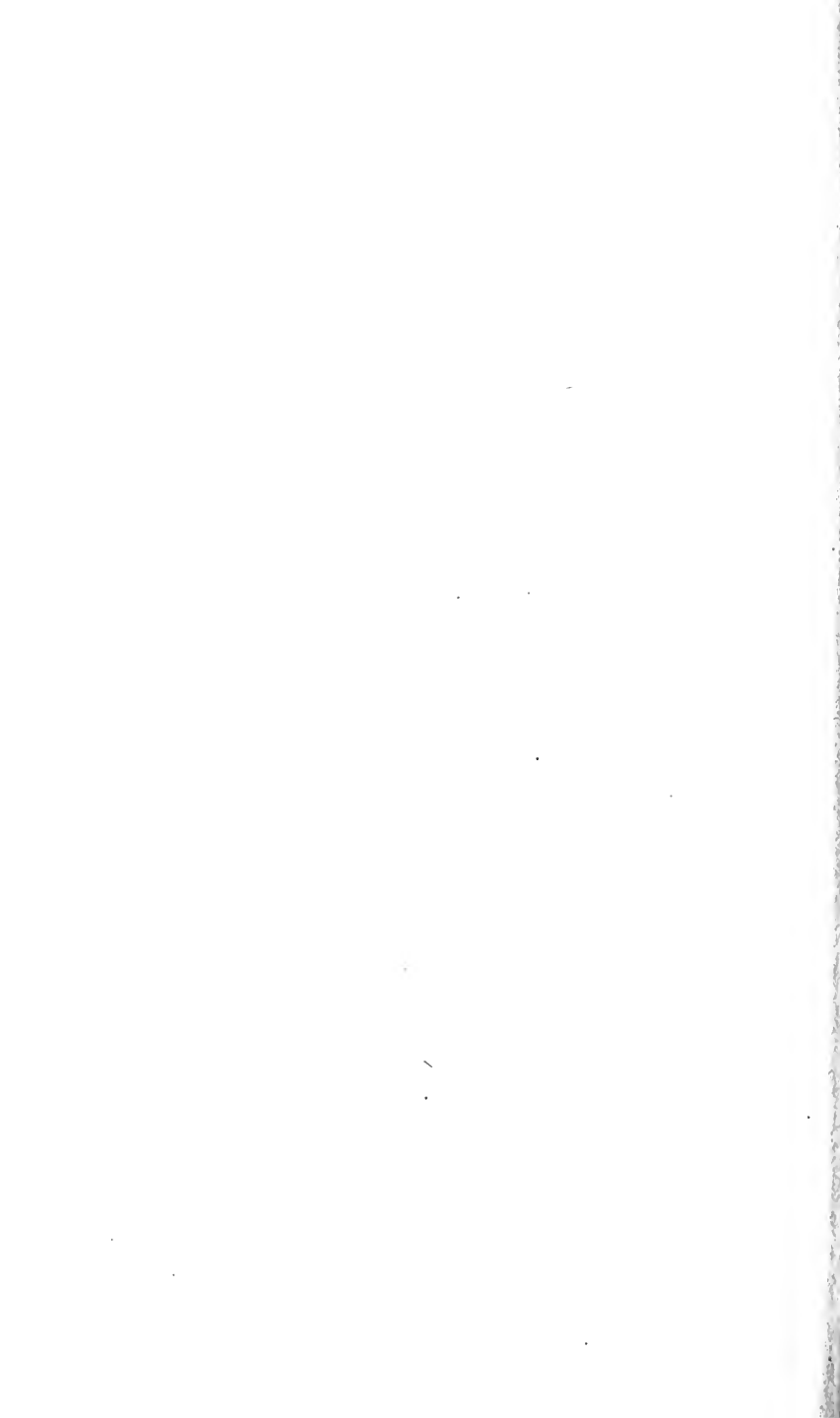
NUÑEZ. Le fué á perder,
le fué á matar
su imprevision,
su ceguedad.
Prudencia, pues,
serenidad:
por Dios, señor,
callad, callad!

FERNANDO. Antes que el sol
vuelva á alumbrar
su vil traicion
ha de expiar.
Mi indignacion
sabré calmar:
prudencia, pues;
serenidad.

CORO. Para el traidor
que huyendo va,
la nueva luz
no ha de alumbrar:
cercada al fin
la selva está;
tras él partid,
corred, volad.

(Salen todos por el fondo: D. Fernando y Nuñez
se dirigen á la casa.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Vista exterior de la casa de Nuñez, á la izquierda del actor y diferente de la del acto primero, con gran empalizada en el fondo, tras de la que se descubre una alegre campiña: en el fondo se hallarán preparadas las hogueras, cuya lumbre se divisa cuando lo marca la palabra.

ESCENA PRIMERA.

NUÑEZ, CORO DE JUGLARES, ALDEANAS
y CAMPESINOS.

JUGLARES. (Entrando por el fondo.)
Sencillas aldeanas
de tierno corazon,
honrados labradores
de brava condicion;
aquí los trovadores
sin rumbo fijo van,
sedientos y sin vino,
hambrientos y sin pan,
dadles piadoso albergue
en vuestro humilde hogar.

ALDS. y LABS. Intrépidos mancebos
de brava condicion,
alegres trovadores

- de amante corazón,
cantad de mis dolores
el término feliz,
rasgad el denso velo
que cubre el porvenir,
y os brindaré en mi albergue
más que podeis pedir.
- JUGLARES. En tales misterios
no da el trovador,
ni trae hoy canciones
de dicha y de amor.
- ALDS. y LABS. Qué trovas postreras
su lira pulsó?
- JUGLARES. Las más peregrinas
que el alma ideó.
- ALDS. y LABS. De qué asunto tratan?
- JUGLARES. De estrago y de horror.
- CORO. Me place el asunto.
- JUGLARES. No hay otro hoy mejor.
- ALDS. y LABS. Cantadlas á cambio
de vino y de pan.
- JUGLARES. Pues alto, á la mesa,
y oid, que allá van.
- UN JUGLAR. (Ap. con Nuñez.)
Trovando me envía
la infanta Isabel.
- NUÑEZ. (De igual modo.)
Prosiga trovando
el bravo doncel.
- (Las Aldeanas y Labradores forman corio dejando en medio á los Juglares.)
- JUGLARES. (Acompañándose con los instrumentos.)
Que el pueblo de Castilla
coma ó no coma,
caso es para la córte
de befa y broma;
pero olvidó que tienen
los castellanos,
si hambre y sed en el cuerpo,
hierro en las manos,
La hora se avecina
de la tremolina,

de la degollina,
de la destruccion;
pem, pim, pom!
Y entre acordes secos
ásperos y huecos
se alzan hoy los ecos,
de mi mandolin;
pim, pom, pim!
Siga la zambra,
cunda el motin,
arda la guerra,
venga el botin.
Y en el opíparo
régio festin
rios de sangre
corran sin fin.
Siga la zambra,
cunda el motin, etc.

Todos.

HABLADO.

NUÑEZ. Abrid despensa y bodega
á estos apuestos galanes.
(Los juglares entran en la casa tumultuosamente.)

ESCENA II.

JUANA, NUÑEZ.

JUANA. Van á saquear la casa.
NUÑEZ. Dájalos, que tienen hambre.
JUANA. No temo lo que se lleven,
sino lo que á casa traen:
pues por su atrevido porte
y descompuesto lenguaje,
se ve que son partidarios
de ese maldecido infante.
NUÑEZ. (Habrá sospechado?...) Y vienen
JUANA. tras de vos.

- NUÑEZ. Qué disparate!
- JUANA. Pues bien os habló uno de ellos
en secreto.
- NUÑEZ. (Lo vió.)—Dale!
Sabe ya que he puesto término
á mis impetus marciales:
mi hija y mi casa; no hay ya
quien de tu lado me arranque.
- JUANA. Oyó Dios mis oraciones
y calma al fin mis afanes:
segura está vuestra vida
en tanto que yo la guarde.
Y ahora soy sola á cuidaros;
pero mañana... quién sabe?
No falta quien me persigue...
natural es que me case.
- NUÑEZ. Oiga! Y es Crespo sin duda?..
- JUANA. Crespo... no me satisface.
Alonso Carrillo es quien
desazonada me trae
el alma entera.
- NUÑEZ. ¡Muchacha!
- JUANA. Aljo allá; que él nada sabe:
que esta confesion sencilla
sólo es para con mi padre.
No hay en todo Olmedo mozo
que á Carrillo se compare.
Qué gallardo continente!
qué mesurado lenguaje!
qué gentil cortesanía;
y aún mucho más sobresalen
bajo su humilde vestido
sus cortezanos modales;
todo en él prende las almas
y rinde las voluntades.
- NUÑEZ. Basta ya de charla, y entra
á servir á esos rapaces.
- JUANA. Mal haceis en hospedar
á esa turba de holgazanes.
Esta es gente aventurera,
mercenaria del infante,
del asesino del conde

de Monforte.

NUÑEZ. (Cada vez más impaciente.) Entra y cállate!

JUANA. Voy allá.—Pues don Gutierre
diz que le va á los alcances;
y que persigue de muerte
la...

NUÑEZ. No he dicho que te calles?

JUANA. La odiosa conspiracion...

NUÑEZ. (Estallando.) Tal resistencia á su padre!

JUANA. Sello mis labios.

NUÑEZ. (Empujándola.) Adentro!

JUANA. Allá voy. (Tiene un carácter!...)
(Entra en la casa.)

ESCENA III.

NUÑEZ, D. FERNANDO.

D. Fernando llega por el foro viendo desaparecer á Juana,
á quien Nuñez sigue con la vista.

FERN. (Acercándose á Nuñez con tierna solicitud.)
Graves y hondas cuitas son
las tuyas, y es menester
á todo trance poner
término á esta situacion.

NUÑEZ. De vuestra ansiada partida
aún no es llegado el momento.

FERN. Pues acabe este tormento
aun á costa de mi vida.

NUÑEZ. Vuestra vida?... Ved, señor,
que es de la infanta Isabel,
que en desamparo cruel
moriría de dolor;
es de Castilla, á quien vos
consagrásteis fé y aliento
por solemne juramento
hecho en el nombre de Dios.

FERN. No está en mi mano vencer
la impaciencia en que me abraso.

- NUÑEZ. Yo os prometo franco paso
antes del amanecer.
Ya el faro en el puerto brilla
de libertad y de amor;
y hemos de ahogarnos, señor,
al poner el pie en la orilla?
Vive Dios que no ha de ser!
- FERN. Mas ya el momento es llegado,
y yo en tan humilde estado
no puedo permanecer.
- NUÑEZ. Con harto pesar advierto
que ese porte altivo y grave
os vende, señor.
- FERN. Quién sabe
si ya he sido descubierto:
pues vendido, pésia mí,
el secreto del cepillo,
caso es por demas sencillor;
algun traidor hay aquí.
- NUÑEZ. Pero mi celo constante
atajando la traicion,
previno nueva ocacion
para seguir adelante.
Mensajero de la infanta
es uno de esos juglares
que por ocultos lugares
llevan la atrevida planta.
Ellos os conducirán
por senderos ignorados
de emisarios y soldados
para hacer más firme el plan:
firme y seguro, os lo fio;
la señal de la partida
será una hoguera encendida
al otro lado del rio,
y entónces...
- FERN. ¡Feliz momento!
- NUÑEZ. Pero hasta entónces, señor,
tregua dad á vuestro ardor,
ni una voz, ni un solo acento.
(Mirando hácia la casa.)
Mi hija!... Huyamos.

FERN. Qué locura!

NUÑEZ. Es, señor, que á pesar mio,
tambien de ella desconfio.

FERN. Juana es inocente y pura,
es un ángel de bondad.

NUÑEZ. Un ángel... qué duda tiene?
Mas yo sé que nos conviene
huir de ella... venid... callad!...

(D. Fernando se deja conducir por Nuñez y ambos desaparecen por detrás de la casa á tiempo que sale Juana.)

ESCENA IV.

JUANA.

Ya tenemos conjurados
en casa... plaga maldita!
Tambien forman parte de esa
endemoniada cuadrilla
de juglares: dos de ellos,
sin ver que yo los oía,
decíanse á media voz:
«Las hogueras encendidas
»al otro lado del rio
»son la señal; á su vista
»al infante guiaremos
»por sendas desconocidas.»
Bah! Sus planes tenebrosos
ya ningun temor me inspiran.
Ya oyó la Virgen mi ruego;
ya no temo por la vida
de mi padre.

ESCENA V.

CRESPO; llega con la vista fija en un cuaderno que trae
abierto.

JUANA. Crespo.

CRESPO. B. a. ba.

JUANA. Crespo!... Siempre con la vista
fija en el abecedario.
Qué començon de unir sílabas
le entró de repente.—Crespo!
Á la otra puerta, ni aun mira.

MUSICA.

CRESPO. A, b c, d,
e, efe, g...
por vida de...
ya me atasqué.
El que inventó
lo de leer,
más ruin que yo
debía ser.

Un millon de letras
puestas miro en fila,
unas hácia abajo
y otras hácia arriba;
una aquí solita,
juntas allí diez,
una vez pequeñas,
grandes otra vez,
unas veces juntas
y otras veces no,
esto no lo acierta
ni el que lo inventó.

Unas filas largas
y otras cortas luégo,
y entre negro y blanco,
y entre blanco y negro,
miro desde una
á otra extremidad,
puntos, signos, rayas...
¡qué barbaridad!
Este es un desórden
y una confusion,
en la que sucumbo

de una congestion.

(Comienza á deletrear de nuevo, haciendo exagerados gestos y contorsiones.)

ESCENA VI.

CRESPO, CORO.

El Coro asoma por ambos lados, espionando cuando hace Crespo.

CORO. Se encoje, se achica,
levanta los brazos
y el bruto se aplica
dos capirotaños;
algo hay que le pica.
Comprime el resuello,
se rasca la barba,
se mesa el cabello,
algo hay que le escarba:
sepamos qué es ello.

CRESPO. Por más que me empeñe,
aquí no se nota
qué es *t*, ni qué es *r*
qué es *g*, ni qué es *j*,
y yo erre que erre.

(Descargándose un puñetazo en la cabeza.)

Y hasta que penetre,
pues diz que la letra
en todo caletre
con sangre penetra,
hasta que penetre.

(Dándose otro puñetazo.)

CORO. Qué es esto, Crespo amigo?
qué mosca te picó.

CRESPO. Esto es que deleireo. (Apoteándose.)

CORO. Qué bruto te hizo Dios.

CRESPO. Hasta que de las letras
penetre yo el valor,

- por cada una que yerre,
he de bacermé un chichón:
ya llevo veinticinco,
sólo me faltan dos.
- CORO. Pásalo en blanco, y tira
los libros á un rincón.
- CRESPO. Lo blanco de las letras
bien me lo pasó yo;
lo negro es solamente
lo que me da furor;
y hasta que me aleccione...
- CORO. (Conteniéndole.) Basta ya de lección.

-
- Ni la *é* ni la *á*,
ni la *ó* ni la *ú*,
ni la *í* ni la *k*
ni la *q*,
podrán sacar de tí
que dejes de ser tú,
tan borriquito aquí
como en Calatayud.
- CRESPO. Hasta que halle la *á*
y conozca la *ú*,
y la *j* y la *k*
y la *q*,
me he de dar voto á san,
voto va á Belcebú,
cada tantarantán
que llame á Dios de tú,
á, é, í, ó, ú,
dado estoy á Belcebú.
- CORO. *Á, é, í, ó, ú*,
borriquito como tú.

HABLADO.

- CRESPO. No llevo más que ocho días
la lección, y al fin y al cabo
ya conozco cinco letras.
- JUANA. Pues estás adelantado.

Harto harás tú con cavar
la tierra.

CRESPO. Pues porque cavo
me veo yo en este aprieto.

JUANA. Cómo?

CRESPO. Yo me entiendo y bailo...

Pero señor, qué de cosas
en poco tiempo han pasado?
la más triste y lastimosa
fué el horrible asesinato
del buen Conde de Monforte.
Y don Gutierre ha tomado
posesion de sus riquezas,
títulos... honores... claro:
era su único heredero
y le tomó por asalto.
Despues el proceso contra
el infante don Fernando,
el miserable asesino,
á quien aún no hemos logrado
echar el guante... mas pronto
va á caer en nuestras manos.
Don Gutierre ha ballado el medio
más seguro; ha publicado
un edicto, por el cual
puede cualquier castellano
que tenga en esta ocasion
parientes encarcelados
conseguir su libertad,
siempre que olfatee el rastro
para atrapar al infante;
y el crimen está probado:
ademas del testimonio
de don Gutierre, que al cabo
aquí, como si dijéramos
es el amo del cotarro,
el que tiene la sarten
hoy cogida por el mango;
á más de su testimonio,
existe el del fiel criado
del difunto conde; Vargas:
buen hombre: conjunto raro

de podenco y gallo inglés
por lo leal y lo bravo.

VARGAS. (Apareciendo de improviso detrás de Crespo.)
Agradezco la alabanza.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, VARGAS.

CRESPO. Oh, señor; seais bien llegado:
esto es sólo hacer justicia
á vuestro carácter franco,
á vuestro ánimo valiente,
á vuestro porte gallardo,
á vuestro...

VARGAS. Basta de elogios.
Mi señor sigue mis pasos;
salid todos, y llamad
aquí á Nuñez en el acto.

ESCENA VIII.

DON GUTIERRE, VARGAS.

VARGAS. Grande era vuestra impaciencia
desde aquel día...

GUT. Más bajo.

VARGAS. No escucha nadie.

GUT. He querido
saber por mí mismo cuanto
en esta casa se hace
y se dice sobre el caso.
Descaba ver á Juana,
á quien mi afán insensato
amenazó con la vida
de su padre... vióme acaso
vagar por estos contornos...
sin duda espíó mis pasos...
un medio, un pretexto para
apoderarme en el acto
de esa mujer, y terminan

mi inquietud y sobresalto.

VARGAS. Mandad; dueño sois de Olmedo.

GUT. Pero hoy mi primer cuidado
es ganar la voluntad
del pueblo, y como aún no hallo
simpatías, no es prudente
atentar en ningún caso
á la persona de Nuñez,
á quien todos aman tanto.

VARGAS. (Viendo llegar á Nuñez por la izquierda)
Él viene.

GUT. Silencio: vete.

VARGAS. En el castillo os aguardo.
(Se va por la derecha.)

ESCENA IX.

D. GUTIERRE, NUÑEZ.

GUT. (Exploremos.)

NUÑEZ. (Qué le trae?)

GUT. Dios te guarde.

NUÑEZ. Guárdeos Dios:
me habeis mandado llamar...

GUT. Sí, y á interrogarte voy
acerca de una persona
que habita en tu casa.

NUÑEZ. (Oh Dios!)

GUT. Dime: quién es ese Alonso
que ha llegado de Aragon
y á quien quieres y agasajas
tantQ?

NUÑEZ. Hijo es, señor,
de un antiguo compañero
en armas: huérfano quedó...

GUT. Pues en Olmedo no falta
quien le acuse de traidor.

NUÑEZ. Le calumnian.

GUT. Piensas tú
que le acusen sin razon?
Que es el único soldado
aragonés, pienso yo.

que aún permanece en Castilla
merced á tu proteccion.

Hazle venir, quiero hablarle.

NUÑEZ. (Dios mi!) Mas ved, señor...

GUT. Quiero averiguar la causa
de su rebeldía.

NUÑEZ. (Oh, no!
Don Fernando no podría
contenerse.)

GUT. No vas?

NUÑEZ. Voy... (Se aleja.)

(Qué haré?...)—Temo que Alonsillo
(Detiénese de pronto como poseido de una idea. y
se acerca de nuevo á D. Gutierre.)

se niegue á dar la razon
que le detiene en Olmedo.

GUT. La conoces?

NUÑEZ. Sí señor;
yo la había adivinado
hace tiempo.

GUT. Cuál es?

NUÑEZ. Oh!...
cuando se ven con frecuencia
y por mútua inclinacion
una muchacha de veinte
y un mozo de veintidos...

GUT. Es decir que justifica
su rebeldía el amor?
Que ama á tu hija? Pero puede
ser una suposicion,
una sospecha infundada.

NUÑEZ. Hoy mismo me la pidió
en matrimonio.

GUT. Y tú has
autorizado la union?

NUÑEZ. Yo quiero mucho á Alonsillo:
mas mi hija es mi sólo amor,
mi único bien, y la idea
de una separacion...

GUT. Es verdad; si se casaran
se alejarían los dos
de Castilla.

- NUÑEZ. Pues por eso...
- GUT. Fuera ese injusto rigor;
la mujer debe seguir
al marido. En conclusion:
siendo Alonso un hombre honrado...
- NUÑEZ. Pero es el caso que aún no
he consultado á mi hija...
- GUT. Aquí está.
- NUÑEZ. (Esto es peor!
Que contratiempo!)
- GUT. Desde ahora
apadrino yo la union.
Déjame solo con ella.
- NUÑEZ. Ved...
- GUT. Obedece mi voz:
lo mando.
- NUÑEZ. (Ganemos tiempo.
Á hablar al infante ovy:
si no oye mi ruego estamos
perdidos sin remision.)

ESCENA X.

JUANA, D. GUTIERRE.

- GUT. (Saliendo al encuentro de Juana con amistoso
interés.)
Acércate á mi lado:
siempre tendré presente
tu expresion obediente,
tu sumision y agrado
de aquella noche triste
en que verte anhelaba y tú me viste.
- JUANA. Cierto: en aquella hora
triste y desventurada
en que dió muerte airada
mano vil y traidora
al conde vuestro tio.
- GUT. (Me habrá visto? Recelo á pesar mio.)
Á tu bondad preciada
agradecido quedo:

- y ahora pagarte puedo...
JUANA. Vos no me debéis nada.
GUT. Yo he de recompensarte,
qué puedo hacer por tí? Vas á casarte.
JUANA. Yo, señor?
GUT. Es en vano
que trates de encubrirlo:
sé que Alonso Carrillo
ha pedido tu mano.
JUANA. (Con gran expansion.)
Su esposa hacerme trata?
No me pudiérais dar nueva más grata.
En vano, ya que él me ama,
de ocultar trataría
con necia hipocresía
el amor que me inflama:
por mozo tan perfecto
siento invencible y misterioso afecto.
Desde el dichoso día
en que vino á mi lado,
dióme más de un cuidado
su amable compañía,
y costóme sonrojos
la expresiva mirada de sus ojos.
Qué varonil aliño!
Señor, qué ojos aquellos
para cambiar con ellos
miradas de cariño!
qué apostura tan grave;
qué conversar tan dulce y tan suave!
que mi padre bendiga
lazo tan venturoso;
premien padre y esposo
mi anhelante fatiga,
y unidos de tal suerte
en brazos del amor venga la muerte.—
Pero yo no concibo
por qué nueva tan grata
mi padre me recata.
GUT. Fué con grave motivo:
porque Alonso es soldado
aragonés, y está aquí mal hallado.

Para salir de Olmedo
recibió orden expresa;
y por más que me pesa
retirarla no puedo.

JUANA. Si tal razon le obliga,
yo induciré á mi padre á que nos siga.

GUT. Y yo con alma y vida
ayudaré tu intento.
Hoy mismo el casamiento;
mañana la partida.
Vé á buscarme al castillo
y el pase te daré para Carrillo.
Sin él en la jornada
pudieran inquietaros.

JUANA. Cómo podré pagaros
bondad tan extremada?

GUT. De ti pagado quedo.
(Ya se alejan de aquí; ya^á alentar puedo.)

ESCENA XI.

JUANA.

Aún el alma cobarde
teme no ver lograda
su dicha suspirada:
como de tarde en tarde
la encuentra el alma mia,
se estremece al hallar tanta alegría!

ESCENA XII.

JUANA, DON FERNANDO.

JUANA. (Saliendo al eneuentro de D. Fernando y conteniéndose ruborizada.)

Alonso!...—Señor Alonso...

FERN. (Si: Nuñez tiene razon:
necesario es evitar
todo riesgo.)—Á hablarte voy.

JUANA. No deseo yo otra cosa.

- FERN. De nuestro enlace te habló don Gutierre: desde allí oí la conversacion.
- JUANA. Y no os dejó satisfecho?
- FERN. Como tú le anhelo yo, pero no puede lograrse con tal precipitacion.
- JUANA. No le autoriza mi padre? No nos queremos los dos?
- FERN. Hay razones...
- JUANA. Ya lo sé; que sois soldado. y que sois aragonés... por lo mismo: hoy se realiza la union, y mañana la partida.
- FERN. Existe aún causa mayor.
- JUANA. Me asustais...
- FERN. Si me dejaras hablar...
- JUANA. Cuál es la razon?
- FERN. Con mi nombre verdadero que no es el que llevo hoy...
- JUANA. Cómo?
- FERN. Me alisté en las filas del infante de Aragon. Vencido me ví, y tu padre seguro asilo me dió.
- JUANA. Hizo mi padre muy bien.
- FERN. Mas si descubierto soy...
- JUANA. No importa: de todo riesgo os ha de salvar mi amor.
- FERN. Pero...
- JUANA. Ya sois mi marido: ya es esa mi obligacion. Esta misma noche huiremos; ya me parece que estoy salvando montes y zanjas en carrera tan veloz, que atrás dejemos del viento el zumbido aterrador.
-

MUSICA.

Venga el corcel
bravo y leal,
guíeme en él
diestro zagal.

Zís, zás!

Corre más! corre más!
que armado tropel
nos sigue detrás.

—
Mi férvida pasión,
mi ardiente y puro afán
domina al aquilon,
y vence al huracán.

La tierra de Aragon,
nos brinda dicha y paz,
corramos su extensión
con ímpetu voraz.

—
Si armada gente sale al paso
mi fiero arrojo allí ha de ver;
guardar la vida del marido
es el deber de la mujer.
Y gritaré con fiero acento:
tened el brazo matador!
Buscad más lejos odio y guerra,
que aquí no hay más que paz y amor.

Y si cruel
no oye mi voz,
corra el corcel,
corra veloz.

Zís, zás!

Corre más! Corre más!
que armado tropel
nos sigue detrás.

FERN.

Oyeme acá:
no es eso, no.
No hay medio ya;
se disparó:

No! No!
No hay mujer en razon
cuando echa á volar
la imaginacion.

Óyeme por tu vida
si estimas mi amistad.
Mi nombre es un misterio
que pronto aclararás.
La lista en que figura
cogida al cabo fué,
y condenado á muerte
por ella debo ser.
Para lograr mi enlace
fuerza es decir quien soy;
mira si hay razon justa
para aplazar la union.

JUANA.

Mas suspender la boda
es cosa muy cruel;
verse así esclavizada
no puede una mujer.
(Acogiendo de pronto una idea feliz.)
Mas ya dí con el medio:
nada me preguntéis.
(Interrumpiendo á D. Fernando.)
Mi amor determinado
de todo ha de vencer.

(Mi venturosa estrella
me da ocasion,
y he de alcanzar por ella
su salvacion.
Su amor me da cumplida
felicidad;
corro á pedir su vida,
su libertad.)

FERN.

(La ley de mi destino
torva y fatal,
aún va por mi camino
sembrando el mal.
Sufrir más esta guerra
cobarde es;

antes la fria tierra
se abra á mis piés.)
(Juana se va precipitadamente por la derecha.)

ESCENA XIII.

D. FERNANDO, NUÑEZ.

HABLADO.

- FERN. Quién al ver tanta inocencia
y tan pura y ciega fé,
prolongar intentaría
esta situacion cruel!
No cabe en mi corazon
tan bárbara insensatez.
Evitar debo el empeño
de Nuñez, huyendo de él.—
Hola! (Descubriendo á Nuñez y llamándole.)
- NUÑEZ. Señor!
- FERN. Ea, Nuñez,
acabemos de una vez.—
Nada escucho.—Á todo riesgo
mi camino seguiré.
- NUÑEZ. Olvidais que está guardado
por los soldados del rey?
- FERN. Tú olvidas que yo lo ordeno?
- NUÑEZ. Y vos olvidais tambien
que se ha prometido dar
libertad y vida á aquel
que entregue vuestra persona?
Que ántes que con ella den,
resistiendo vuestra orden
caeré muerto á vuestros piés?
- FERN. Y olvidas tú que el funesto
error de Juana, esta vez
compromete más y más
nuestra situacion, y que
yo cometería un crimen
si no la sacára de él?
- NUÑEZ. Por dar la paz á Castilla

atentára... poco es
al bienestar de mi hija,
á su vida, que es mi bien;
aun resuelto atentaría
hasta la vida del rey.

FERN. Piensa que en esta ocasión
sobre tí voy á atraer
todo género de males.

NUÑEZ. No importa.

FERN. Piénsalo bien.

NUÑEZ. No importa, señor: hacienda
y sangre os dí.

FERN. Ah, mi fiel
Nuñez. quién premiar pudiera
tu valor y tu honradez
elevando tu persona
al mismo trono del rey!

NUÑEZ. No merece mi humildad
ser elevada.

FERN. Por qué?
No arriesgas vida y hacienda
en pro de Castilla?

NUÑEZ. Así es;
pero eso no da nobleza.

FERN. Los grandes hechos, pardiez,
crearon los nobles primeros.

NUÑEZ. Es cierto; pero también,
señor, los primeros nobles,
claro ejemplo deben ser
de invencible fortaleza
y de esclarecida fé.

Un sólo instante no más.

(Óyese confuso rumor de voces anunciado por la
orquesta.)

No oís? Esta sin duda es
la hora... á anunciarla llega
mi gente aguerrida y fiel.

ESCENA XIV.

D. FERNANDO, NUÑEZ, CORO DE CAMPESINOS
y de JUGLARES.

MÚSICA.

CORO. (Rodeando á Nuñez y D. Fernando con el mayor misterio.)

Tranquilo y sereno se ve el horizonte;
en calma completa está la ciudad,
y el valle y la selva, y el llano y el monte
nos dan hoy del triunfo la seguridad.

Tomad esa senda, echad por abajo,
salvad la colina, la vega despues.

Seguid adelante, llegad al atajo,
ganando el camino del rio á través.

JUG. Hoy va á conducirnos por lomas y sotos
de hambrientos juglares cuadrilla feroz,
y de ayes y voces y gritos y votos,
poblando los aires irá nuestra voz.
Seguro camino os da nuestra guía,
que el rey nuestro paso no estorba jamás:
seguid nuestra huella de noche y de dia,
de nuestras canciones al grato compás.

La hora se avecina

de la tremolina

de la degollina,

de la destruccion;

pam, pim, pom!

Y entre acordes secos

ásperos y huecos,

se alzan hoy los ecos

de mi mandolin.

Pam, pom, pim, etc.

TODOS. La hora se avecina, etc.

(Se descubren en el fondo hogueras cuyos rojos resplandores llenan de luz los últimos términos de la escena.)

NUÑEZ. La luz de las hogueras
da la señal,

á su puesto vosotros,
vos por acá.

(Los campesinos salen por la izquierda. El infante y los juglares se van por la derecha.)

ESCENA XV.

NUÑEZ.

! triunfo se aproxima,
cercano está:
venturoso momento
de libertad!
Si causa tan sagrada
ha de triunfar,
protege tú sus pasos,
Dios de bondad!

ESCENA XVI.

NUÑEZ, JUANA.

HABLADO.

JUANA. (Llega por la derecha con gran alborozo.)
Alonsillo!

NUÑEZ. Qué sucede?

JUANA. Que nada hay ya que temer,
y vamos á ser dichosos
vos... y él... y yo... los tres.
Alonso me quiere... y vos
me lo ocultasteis... ya sé
que quiere ser mi marido;
en vano es que lo negueis:
me lo ha declarado él mismo.

NUÑEZ. Mas te habrá dicho tambien
que es necesario aplazar
vuestra union.

JUANA. No es menester;
don Gutierre quiere unirnos

esta misma noche.

NUÑEZ.

Él!

JUANA.

Cuando me dejéis hablar
todo lo comprendereis:
yo he sabido hace un momento
que debía aparecer
al otro lado del río
(Señalando el resplandor del fondo.)
la señal... aquella es;
que guiar debe al infante
á su turbulenta grey.

NUÑEZ.

Prosigue.

JUANA.

Nada hice al pronto,
porque ningun interés
me movía; pero luégo
supe que Alonso hoy se ve
amenazado de muerte,
y como el bando del rey
está claro y terminante...

NUÑEZ.

Qué has hecho?

JUANA.

Pues qué he de hacer?

Declarar á don Gutierre
todo el plan, á cambio del
perdon de mi prometido.

NUÑEZ.

Y don Gutierre...

JUANA.

Ya fué
al sitio indicado, y todos
caerán hoy en su poder,
y Alonsillo será libre.

NUÑEZ.

Oh, perdidos otra vez!
Ya no hay esperanza alguna!

JUANA.

Qué es esto, padre?

NUÑEZ.

(Asiéndole violentamente.) Esto es
llanto y deshonor!.. Esto es muerte
y desolacion cruel!

JUANA.

Padre mio!

NUÑEZ.

Miserable!

Pues aún no alcanzaste á ver
que tu infame delacion
abre la tumba á mis piés?
Que es tu accion cobarde y baja
afrenta de mi vejez?

En la persona de Alonso
la del infante no ves?

JUANA. (Huyendo aterrada.)
Válgame el cielo!

NUÑEZ. (Persiguiéndola y cayendo sobre ella.)
Ni el mismo
cielo te puede valer.

MÚSICA.

JUANA. Ah, perdon!

NUÑEZ. Perdon no implorés!
no hay clemencia ni piedad!
No hay perdon para tu crimen,
hija infame y desleal!
Tú has matado mi esperanza,
y con ella á morir vas!
Tantos dias de fatiga,
tantas horas de ansiedad,
nombre, fama, vida, hacienda,
patria, amor, honra!... qué más?
todo á un tiempo afrenta y mata
delacion tan infernal!

JUANA. Por mi madre!...

NUÑEZ. No la invoques!

JUANA. Por la Virgen!

NUÑEZ. No hay piedad!
No me ruegues ni repliques,
que tu acento me hace mal!
Tan infame alevosía
con la muerte pagarás!

JUANA. Madre mia, tú que sabes
mi inocencia y mi bondad,
desde el cielo donde moras
ven su brazo á desarmar!

NUÑEZ. De una era de ventura
alumbró allí la señal,
y el fulgor de esas hogueras
tu cadáver va á lumbrar!

(Acometiendo á Juana daga en mano.)

Huyendo al fondo y refugiándose en brazos de Don
Gutierre: D. Gutierre llega con todo su séquito:

multitud de soldados invade la escena hasta los últimos términos: los campesinos y los juglares son conducidos prisioneros.)

¡Ah, socorro!

NUÑEZ. Don Gutierre!

GUT. Á ese hombre asegurad.

ESCENA XVI.

JUANA, NUÑEZ, VARGAS, SOLDADOS, JUGLARES y CAMPESINOS PRISIONEROS.

GUT. Jefe de los rebeldes
sin duda ese hombre es:
todos al fin cayeron,
todos en mi poder.
Él que salvó al infante
aquí le ha de entregar,
ó en el tormento hoy mismo
su crimen pagará.

NUÑEZ. (Salvóse al fin: sereno
la muerte arrostraré.)

JUANA. (Mi ciego error le mata;
yo he de morir por él.)

(Juana ocupa el centro de la escena interponiéndose entre D. Gutierre y Nuñez.)

Mi padre es inocente,
dejadle en libertad:
la traicion sólo es mia;
él es al rey leal.

Por mi traicion tan sólo,
él me quiso matar,
y prueba su inocencia
en este hecho no mas.
Mi delacion fué falsa;
falsa aquella señal:
vuestra ignorancia imbécil
aseguró mi plan.

Yo quise hácia esa parte
vuestra atencion llamar,
mientras que don Fernando

por otro lado va.
Yo sé dónde se oculta,
yo sola, y nadie más.
Venga el atroz suplicio,
venga la muerte ya,
ántes que mi secreto
consigan arrancar.

GUT. Á esa mujer infame
al punto aprisionad.

(Los soldados se apoderan de Juana.)
Su arrogancia mis planes asegura;
ella misma se entrega en mi poder,
y pues cómplice es de don Fernando
más que nunca ahora me hace estremecer.

NUÑEZ. Su fatal ligereza me ha perdido,
y perdióse ella misma de una vez;
y en tan fiera y terrible desventura
desfallece y sucumbe mi vejez.

JUANA. Mi peligro le espanta y acongoja;
no hay suplicio más bárbaro y cruel:
y en tan fiera y terrible desventura,
por él debo penar, morir por él.

JUG. y CAMP. Del feroz enemigo del infante
en las manos vinimos á caer:
y en tan triste y terrible desventura
al infante no más hay que atender.

(Los soldados se apoderan de Juana, á la órden
de D. Gutierre: Vargas contiene y vence la re-
sistencia de Nuñez.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon cerrado con grandes tapices en el fondo, en donde á un tiempo se descubre la vista de la ciudad de Olmedo.

ESCENA PRIMERA.

La escena permanece sola hasta las últimas cadencias del CORO, en cuyo momento aparecen por la izquierda DON GUTIERRE y VARGAS.

CORO. (Dentro.) Ya Castilla entera
arde en cruda lid;
guerra hay en Olmedo
y en Valladolid.
Muerto el de Monforte
en Olmedo fué,
y á vengar su muerte
viene á Olmedo el rey.
¡Viva el rey!
¡Viva el rey!

(El Coro se aleja hasta extinguirse la voz en el fondo.)

ESCENA II.

D. GUTIERRE, VARGAS.

HABLADO.

- GUT. Esos ecos de alegría
que en el espacio se pierden...
esos entusiastas vitores
en el corazón me hieren.
Llega el rey á Olmedo... oh, nunca
el rey hasta Olmedo llegue!
Si el infante don Fernando
en mi poder estuviese
mi crimen envolvería
el silencio de la muerte!
Mas dónde se oculta ese hombre?
cuál es su ignorado albergue?
Parece que el mismo infierno
en sus abismos le envuelve.
Juana lo sabe... ella sólo!
Ella me salva ó me pierde:
Su muerte anhelo, y me mata
si con su secreto muere.
- VARGAS. Los médicos que la asisten
declaran que está demente;
esto á los jueces dijeron
y no hay juez que la sentencie.
- GUT. Donde habla mi voluntad
callan doctores y jueces.
- VARGAS. (Señalando al fondo.)
Aquí están.
- GUT. Vigila tú:
que ninguno á hablarla llegue.
- VARGAS. Mas si su padre llegára...
- GUT. Méenos que otro alguno ese.
(Vargas, despues de hacer paso á los Médicos,
desaparece un momento por el fondo.)

ESCENA III.

D. GUTIERRE, el JUEZ, MÉDICOS.

GUT. Qué noticias me traéis
de esa mujer?

JUEZ. Las de siempre.
Yo, juez de esta causa, en nombre
de los médicos presentes,
vengo á hablaros: de su ciencia
al fallar he de valerme.
Y advertid que su mision
sólo termina en la muerte.

GUT. Pues por eso aquí termina:
va á morir.

JUEZ. No, don Gutierre.
Sobre aquel cerebro insano
caer sentencia no puede.
No hay sino observarla atento;
vil mujer ser cree á veces
cómplice de un crimen, y otras
que es la infanta Isabel cree.
Mientras sus declaraciones,
vagas y discordes siempre,
no lleven vuestra sancion,
(Dirigiéndose á los médicos.)
no habrá juez que la sentencie:
que ante el fallo de la ciencia
no tienen fuerza las leyes.

GUT. Y no habrá en la ciencia medio
para iluminar su mente?

JUEZ. Si hay; si vuestro poder
nuestro intento favorece.

GUT. Qué he de hacer?

JUEZ. Alejar de ella
esos tormentos crueles:
que no la cerquen feroces
verdugos; ántes conviene
rodearla de personas
queridas, de amigos fieles

que la inspiren confianza,
que sus recuerdos despierten.
La presencia de su padre
sobre todo...—sed clemente,—
y en fin, trasladadla á estancia
más espaciosa y alegre.

GUT. Seguiré vuestro consejo.
JUEZ. Ved que es preciso y urgente.—
Cerca se halla el rey de Olmedo:
dícese que á poner viene
término á la lid sangrienta
que hoy en Castilla mantienen
los parciales de la infanta;
que cortando odios crueles
él mismo la eleva al trono,
y á todos perdon concede.

GUT. También al infante?

JUEZ. El rey
perdonará á los rebeldes,
pero no á los asesinos.—
Ahora cual súbditos fieles
al encuentro del rey vamos.

GUT. Tiempo os queda para verle:
el rey tardará en llegar;
conmigo ireis cuando llegue.
Vuestros servicios son míos,
y servís al rey sirviéndome.
Salid. (Los Médicos se van por el fondo.)

ESCENA IV.

D. GUTIERRE, VARGAS.

GUT. Haz venir á Nuñez:
mas cuida que no le dejen
hablar con su hija á solas.
No tenía otro pariente?

VARGAS. Crespo: crióse en su casa
y como hermanos se quieren.
Cerca estará: no hay cuidado
que del castillo se aleje;

pide noticias de Juana
á todo el mundo.

GUT. Haz que entre.

ESCENA V.

D. GUTIERRE.

Si los médicos aciertan
y por este medio vuelve
á la razon... de sus labios
toda mi alma está pendiente.
Yo he de hacerla hablar; yo haré
que á don Fernando me entregue,
y si cae en mi poder
ni el rey mismo ha de valerle.

ESCENA VI.

VARGAS, D. GUTIERRE, CRESPO.

VARGAS. Aquí está.

GUT. Conduce aquí
á esa mujer.
(Vargas se va por el fondo.)

ESCENA VII.

D. GUTIERRE, CRESPO.

GUT. Tú quién eres?

CRESPO. Yo? Á mí no me culpeis,
yo estoy de todo inocente.
Yo nunca me metí en nada
ni jamás he de meterme:
sólo me meto en el pozo
y allí cualquiera se mete.
Yo estoy bien con rey y Roque
y con todo el que gobierne:

si pegan, aguanto el palo,
y aun me gusta que me peguen.
Ni yo soy hombre de armas
ni con nadie armo julepe;
quien la armó que la desarme,
y quien la hizo que la pene,
porque soy hombre pacífico,
y soy...

GUT. Eres un imbécil.

CRESPO. Bien; pero esa es una falta
que cualquiera otro la tiene,
y á veces sale de adentro
y cae por de fuera á veces.

GUT. Basta; vas á hablar á solas
con Juana.

CRESPO. Yo?

GUT. Tú la quieres...

CRESPO. Sí; mas nunca se lo he dicho,
me ha dado vergüenza siempre.

GUT. Si logras que te conozca,
que te hable, que te recuerde,
si cobra en fin, la razon,
tienes segura tu suerte.

CRESPO. Conque es verdad que está loca?

GUT. Silencio, Crespo, aquí viene.

ESCENA VIII.

JUANA, D. GUTIERRE, CRESPO, soldados y sayon es.

Juana llega por la izquierda entre soldados, los que la dejan libre á la órden de D. Gutierre: éste la conduce al sillón que se halla cerca de la mesa en primer término. Juana se deja caer en el sillón con marcadas señales de abatimiento. La melodía de la orquesta acompaña toda la salida de Juana.

GUT. (Respondiendo á observaciones de Vargas y señalando á Crespo.)
Este es necio; nada importa
que á solas con él se quede.
Y en cuanto á su padre... Oh,

yó estaré entónces presente.
(Se van por la izquierda.)

ESCENA IX.

JUANA, CRESPO.

CRESPO. Me dejan solo con ella.

JUANA. Que conozca á Crespo quieren;
soy perdida si le hablo!
No quiero hablarle ni verle.

CRESPO. Pensé al pronto que me habían
hecho entrar para cogermé
y registrarme, y hallar
mi tesoro... aquí le tienen:

(Desabrochándose el jubon, y sacando la cartera
que tiene oculta.)

aquí... pegadito al pecho;
y aún desearía tenerle
metido entre cuero y carne,
porque no hay duda, aquí debe
haber algo; algo... muy gordo
que en lo escrito se contiene.
Y hasta que sepa leer...

(Vuelve á ocultar la cartera y contempla á Juana
acercándose á ella pausadamente. Juana espere
inquieta miradas por la estancia.)

Pobre Juana! Me parece
que busca á álguien... será á mí?
Si me reconoce... puede!
Juana... soy yo... no me ves?

JUANA. Te he visto: déjame, imbécil.

CRESPO. Vamos! Me ha reconocido.

Qué retepulida eres!

Y yo que de mi pasion
nunca la hablé seriamente;
ni me he atrevido á decirla
jamás, buenos ojos tienes,
temeroso de un reproche:
pero ahora es diferente;
ahora puedo enamorarla,

porque ahora no me entiende,
y eso puede desahogarme,
y á ella divertirla puede.

MUSICA.

La inhumana desventura
que te hirió,
tu existencia casta y pura
destruyó!

Quién en cárcel tan sombría
te encerró?

Quién tu alegre compañía
me robó?

De tus puros lábios rojos
quién la risa se llevó?

No llores, no:

Que en el llanto de tus ojos
espirar me siento yo.

JUANA.

(No puedo, no:

ni mi lengua ni mis ojos
le dirán quién me mató.)

CRESCO.

Ramillete perfumado
del amor;
astro bello de azulado
resplandor:
palma esbelta del desierto
abrasador;
garza herida por experto
cazador;

yo suspiro, yo palpito,

yo fallezco de dolor;

templa mi ardor:

que me abraso, me derrito
de tus rayos al calor.

JUANA.

(Ay, que su amor,

no es el fuego en que me agito,
no consuela mi dolor.)

HABLADO.

- CRESPO. Cándida rosa de mayo,
mosquetita nacarada,
azucena de los valles,
amapola solitaria,
vuelve al escondido huerto
que mi amor cultiva...
- JUANA. Calla!
- CRESPO. Me cortó el discurso.
- JUANA. Nadie
nos escucha...
- CRESPO. Nadie.
- JUANA. Habla:
Qué sucede? Dame nuevas
de mi padre, de mi casa.
- CRESPO. (Parece que está en su juicio.)
De tu padre?... Por ahí anda:
digo: fije en casa está
inmóvil como una estatua
cuchicheando con el huésped:
el tal Alonso y su alma!...
- JUANA. ¿Alonso Carrillo está
todavía en casa?
- CRESPO. Vaya!
Y no hay quien le arranque de ella:
tu padre pateo y rabia,
y yo salgo y entro, y cojo
al vuelo algunas palabras:—
«¡dos!»—Exclama tu padre:
y él:—«No me dá la gana.»—
«Salid, si estimais la vida!»—
«No he de salir si me matan.»—
Y en casa se queda; es claro:
se encuentra en ella á sus anchas.
Come como un buitres; bebe
como una mula... qué maula!
De todo tiene la culpa
tu padre, es un papanatas;
pero será hasta que yo
estalle, y coja una estaca;

y con ella le arremeta,
y le mida las espaldas.

JUANA. Ay de tí, Crespo! Huye de él!
no le mires cara á cara;
y si á tu paso le encuentras
baja al suelo la mirada.

CRESPO. Por qué!

JUANA. Porque puede herirte
sólo con una palabra:
porque su contacto quema!
Porque su mirada abrasa!

CRESPO. (Poniéndose un dedo en la frente.)
Está visto que no tiene
cura su mal...—(Pero, calla!
Oh, qué luminosa idea!
Los locos no guardan nada
en la memoria; si yo
por este medio lograría...
Porque eso de que yo espere
á saber leer... *nequaquam!*)—
Juana, voy á confiarte
un secreto de importancia:
has de saber que he encontrado
mi tesoro; mira.

(Sacando la cartera con la mayor reserva)

JUANA. Aparta.

CRESPO. Quiero partirle contigo:
ven, mujer, no seas uraña.
Hallábame yo en el pozo
solo y cava que te cava,
cuando brotó de la tierra
el objeto de mis ansias;
esta cartera le oculta:
la ves? Con su escudo de armas,
y sus brochecitos de oro...
pero esto no vale nada:
el tesoro está en lo escrito;
lee, que en él se relatan
las señas...

(Obligándola á tomar la cartera que presenta
abierta.)

no seas dengosa...

nadie nos ve...

(Crespo reconoce la estancia mientras Juana se fija en la cartera y recorre lo escrito con la mayor agitacion.)

JUANA. Vírgen santa!

Es del conde de Monforte!...

Cielos! (Leyendo)

CRESPO. (Ya se pone pálida!)

Lee sin miedo... (Como ántes.)

JUANA. Qué horror!

CRESPO. (Acercándose) Tanta es la riqueza?

JUANA. (Cambiando el espanto en gran expansion de alegría.)

Tanta!

Bien dijiste; es un tesoro!

CRESPO. Sí?... Pues todo es mio.

(Intentando coger la cartera.)

JUANA. Aparta!

CRESPO. Dime lo que dice.

JUANA. (Cerrando la cartera.) No.

CRESPO. Pues dame acá.

(Juana se aleja rápidamente de Crespo guardándose la cartera en el pecho.)

Y se la guarda!

Pues si le da la manía

por quitármela, me apaña!

No ves que estás prisionera?

Si te registran... y la hallan

en tu poder...

(Sacando vivamente la cartera y volviéndosela á Crespo.)

JUANA. Es verdad.

CRESPO. Dame aquí.—Qué dice?

JUANA. Nada.

Pero tú puedes hacer...

tú debes...—(No: su ignorancia...

su sencillez...—Ah!... mi padre!...

vendrá... el médico lo manda...

mas no nos dejarán solos...

y es fuerza que sin tardanza

se apodere de este escrito...—

Oh!

(Apoderándose de pronto de la cartera que tiene Crespo en la mano.)

CRESPO. Qué haces, desdichada?

JUANA. Darte el medio para que halles tu tesoro.

CRESPO. Dónde?

JUANA. (Llegando á la mesa y escribiendo en una hoja de la cartera que arranca despues y entrega á Crespo.)

«Aguarda.

CRESPO. Ahora se pone á escribir; está loca rematada.

JUANA. (Dándole la cartera.)

Toma: que nadie lo vea!

CRESPO. (Guardándosela codiciosamente.)
Venga: primero me arrancan la vida!

JUANA. Ahora es preciso que con gran sigilo vayas á echar este papel en el cepillo de las áuimas.

CRESPO. En qué cepillo?

JUANA. En el nuestro: en el que hay en nuestra casa.

CRESPO. Bruto de mí, que hago caso de una loca.

JUANA. No: te engañas.

En mi cabal juicio estoy:
ven; mírame cara á cara!
Ves la luz de la razon
en mi rostro, en mi mirada,
en mi ruego cariñoso,
en la fé de mis palabras!

CRESPO. Parece verdad!

JUANA. Aún dudas?

CRESPO. No. Corro al cepillo.

JUANA. Anda!

Y harás tuyo ese tesoro,
y mi amor, y toda mi alma!

CRESPO. Tu amor? No me digas más.

JUANA. Corre y vuelve sin tardanza!

CRESPO. Corro y vuelvo.

(D. Gutierre se presenta en el fondo.)

JUANA. (Volviendo la espalda para ocultar su agitacion y apoyándose en la mesa.)
Don Gutierrez'

ESCENA X.

JUANA, D. GUTIERRE, CRESPO.

GUT. Qué te ha dicho, Crespo?

CRESPO. (Acompañando la frase con la accion conveniente.)
Nada.

GUT. Pero te ha reconocido?

CRESPO. Eso sí: porque jurára
que mirandome al soslayo
entre dientes murmuraba:
«bruto, animal.»

GUT. Vete, imbécil!

CRESPO. También ella me lo llama.

GUT. Sal.

CRESPO. Salgo. (Y vuelvo volando,
que el amor me presta alas.) (Sale corriendo.)

ESCENA XI.

JUANA, D. GUTIERRE.

GUT. (Parece que está serena.
Si yo pudiera con maña
hacerla hablar...)

JUANA. (Ya me inspira
espantosa repugnancia.)

GUT. (Acercándose con dulzura á Juana intentando co-
gerla una mano.
Ven acá.

JUANA. (Rechazándole con horror.) No me toqueis!

GUT. Ven, no huyas; qué te espanta?
tu libertad y tu vida
penden de una palabra:
sólo con que me confies
dónde está el infante... Habla.

JUANA. No.
GUT. Vas á morir.
JUANA. No.—No!
GUT. Mira que á tu padre matas.
JUANA. No!
GUT. Que estás en mi poder.
JUANA. No!
GUT. Nada te vence?
JUANA. Nada.
GUT. Pues ay de tí!
JUANA. Ay de vos!
GUT. Encomienda á Dios tu alma!

ESCENA XII.

JUANA, D. GUTIERRE, NUÑEZ, VARGAS.

VARGAS. Nuñez, señor.
GUT. Á este sitio
médicos y jueces llama.
Llega, Nuñez.
NUÑEZ. (Contenido por D. Gutierre.) ¡Hija mia!
JUANA. (Luchando entre el cariño y el temor.)
¡Padre... padre mio!...—
(Venciéndose de pronto.) Calma!
GUT. (Cogiendo á Nuñez reservadamente.)
Si persiste en callar, muere!
Si la haces hablar, se salva!
JUANA. (Dios de justicia y de amor,
Virgen mia inmaculada,
protege tú mi inocencia,
que yo defiendo tu causa!)

ESCENA XIII.

JUANA, D. GUTIERRE, NUÑEZ, VARGAS.
JUECES, MÉDICOS y soldados.

MUSICA.

G UT. (Cogiendo á Juana con la mayer dulzura.)

Ten piedad de tu padre,
ten de tí compasion,
mira que de tus labios
pende su salvacion.

JUANA. (Fija siempre en Nuñez.)
(De mí la vista aleja
transido de dolor,
y en su actitud callada
veo su inmenso amor.)

NUÑEZ. (En vano de Castilla
juré la salvacion:
tengo para la empresa
pequeño el corazon.)

VARGAS y CORO.
Pendiente está su vida
de su declaracion:
que el Dios de la clemencia
alumbre su razon.

ESCENA XIV.

**JUANA, NUÑEZ, D. GUTIERRE, VARGAS,
CRESPO, MÉDICOS, JUECES, CORO.**

JUANA. (Crespo! Crespo!)
(Con expansion de alegría.) Qué deciais
(Dirigiéndose á D. Gutierre.)
de mi padre, buen señor?

GUT. Que pendiente está su vida
de tu franca confesion.

JUANA. Nada tiene, caballeros,
mi buen padre que temer,
porque aquí soy yo la reina
y el infante será el rey.

GUT. (Consintiendo en la frase de Juana y alentándola
á que hable.)

Pero el rey ha sentenciado
al infante de Aragon.

JUANA. Nada tiene ya el infante
que temer aquí de vos.
(Con gran misterio.)

- Porque al fin se halló el tesoro...
- GUT. El tesoro?...
- CRESPO. (Anda con Dios; si á contar llega mi hallazgo quien la mata aquí soy yo.)
- GUT. Dónde se halla ese tesoro?
- JUANA. En seguro sitio está; pero sólo ha de saberlo el infante nada más. Ahora acabo de enviarle un mensaje salvador.
- GUT. Y qué dice ese mensaje?
- JUANA. Es su justificacion. Yo de un medio me he valido...
- NUÑEZ. (Recogiendo las profundas miradas que Juana le dirige.)
(Cuál me mira!)
- GUT. Dinos cuál.
- JUANA. En las sombras del misterio mi mensaje envuelto va. De ese medio impenetrable el secreto guardo yo: que lo aclare quien lo entienda, y prestad mucha atencion.
(Todos cercan á Juana con la mayor atencion.)
-
- JUANA. En lúgubre noche callada y sombría
(Dirigiendo á Nuñez profundas miradas.)
un hombre dotado de inmensa bondad,
ejemplo en el mundo de fé y de hidalguía,
de arrojo y grandeza, de amor y lealtad;
mi paz en la tierra, mi gloria en el cielo,
en vida y en muerte mi dicha y mi amor,
de excelsas virtudes cumplido modelo,
cabal y perfecto á imágen de Dios;
recataba el secreto profundo
que yo sorprendí,
y ninguna potencia del mundo
le arranca de aquí.
-
- NUÑEZ. (Era ella!)
- VARGAS. (Á D. Gutierre.) Contenedla.

GUT. No; dejadla continua :
seguir quiero paso á paso
su delirio pertinaz.

JUANA. Así mi mensaje, de amor cara prenda,
(Cambiando con Nuñez miradas de inteligencia.)
por seudá escondida al rey llegará,
y aquel que le siga por la áspera senda
de tantos afanes el triunfo hallará.—
Así de Dios brilla la santa justicia,
(Volviéndose á D. Gutierre con entereza.)
así ha de mostrarse su eterno poder,
así confundida caerá la malicia,
así la inocencia triunfante va á ser.
Ya está dicho: que salga esa gente;
ya todo acabó.
Yo lo mando, y aquí solamente
la reina soy yo.

(Acercándose á D. Gutierre confidencialmente.)

Yo os prometo, si ello os place,
mas cabal revelacion;
mas lo haré, sólo á los jueces,
á los médicos y á vos.

(Salen todos á la órden de D. Gutierre, excepto los jueces y los médicos. Nuñez, se va por la derecha. Vargas cambia algunas palabras con dos criados y salen detrás de Nuñez: los demas se van por la izquierda.)

ESCENA XV.

JUANA, D. GUTIERRE, MÉDICOS y JUECES.

HABLADO.

GUT. Vamos, ya puedes hablar.

JUANA. Hablaré pese á quien pese.

GUT. Dinos qué mensaje es ese.

JUANA. Eso es largo de contar.
Más breve y más elocuente
va á ser mi declaracion,
que la luz de la razon
ilumina ya mi mente.
Ya huyó el círculo de fuego
que aquí me abrasaba tanto:
sofocóle el dulce llanto
de alegría en que me anegó.
Ya su ardor no me sofoca;
ya, gracias al cielo, estoy
tranquila y serena, y voy
á probar que no estoy loca.
(Dirigiéndose á los jueces.)
Tras de tanto ir y venir.
ignorais dónde se esconde
el asesino del Conde?
Pues yo os lo voy á decir.
Hablo en el nombre de Dios,
y á su alta justicia apelo!
Ese es.

GUT. Rayo del cielo!

Á mí me acusas?

JUANA. Á vos!

GUT. Lo escuchásteis?

(Excitado por la muda expresion de médicos y jueces.)

MEDICO. (Con tranquilo acento) Sí en verdad.

GUT. Y osaríais por ventura
dar crédito á su locura?

MEDICO. (Esquivando la colérica expresion de D. Gutierre.)
Infinita es la bondad
del cielo... muda es la ciencia...

GUT. (Ciego de furor.)
Ya vuestra ciencia me enfada!
Y en causa por mi juzgada,
me sobra vuestra presencia!

MEDICOS. Mirad...

GUT. Nada miro.

JUECES. Oid...

GUT. Oh, qué cansada porfia!
Aún resistís la órden mia?

Aquí mis guardias!

(Vargas acude por el fondo con guardias.)

Salid!

Mi voluntad aquí es ley,
y no hay poder que la tuerza!

MEDICO. Respondereis de esta fuerza
en la presencia del rey!

(Los Médicos y los Jueces salen por la derecha.)

ESCENA XVI.

JUANA, D. GUTIERRE, VARGAS.

GUT. Vargas!... Su vil lengua enfrena,
y encadena sin piedad
su cuerpo!

JUANA. La voluntad
del cielo no se encadena!

GUT. Pronto aquí! (Sale Vargas por la izquierda.)
Loca ó no loca,

no hay para tí compasion!

JUANA. Los jueces ven mi razon,
y á ellos resolver les toca.

JUANA. En que aún me absuelvan confío:—
(Acercándose reservadamente á D. Gutierre.)

Creo que con vano intento
robásteis el testamento
de vuestro difunto tio.
Mas allí... en la soledad
de aquella noche... escribió
el conde... y me confió
su postrera voluntad.

GUT. Mientes!

JUANA. Deliro: habeis dado
en decir que estoy demente.

GUT. Si fuera prueba evidente
ya la hubieras presentado.

JUANA. Por medio de salvacion
la guardé: ved un indicio
de que aunque me falte el juicio
no me falta prevision.

- GUT. Me espanta tanta osadía!
Llevalda de aquí al momento,
y sujetadla al tormento
hasta la última agonía.
(Óyese confuso rumor de voces en la derecha.)
Qué es esto?
(Al Capitan que llega apresuradamente.)
- CAPITAN. Fuera de sí,
y la guardia atropellando,
el infante don Fernando
penetrar logró hasta aquí.
- GUT. Qué infernal aparición
es esta?... Oh, terrible instante!
- CAPITAN. Vedle aquí.
- FERN. (Vistiendo el traje de su alta categoría.)
Paso al infante
don Fernando de Aragon.

ESCENA XVII.

JUANA, D. FERNANDO, D. GUTIERRE, guardias.
sayones.

- GUT. Qué veo! Alonso Carrillo!
- FERN. Si ese disfraz me ocultó,
ya hecho pedazos quedó
á las puertas del castillo.
- JUANA. Por qué á un cobarde asesino
os entregais de esa suerte?
- FERN. Porque tú ibas á la muerte
y así la atajo el camino.
(Á D. Gutierre.) Vuestra órden altanera
á un reo á muerte perdona
que de mi noble persona
dé noticia verdadera;
yo en altivo y régio porte
como cumple á mi valor,
la entrego al vil matador
del buen conde de Monforte.
- GUT. Conducidlos.

ESCENA XVIII.

JUANA, D. FERNANDO. D. GUTIERRE, NUÑEZ,
VARGAS, guardias.

- VARGAS. Adelante,
vive Dios! (Haciende entrar á Nuñez.)
- GUT. Qué es esto, Vargas?
- FERN. Nuñez!
- JUANA. Mi padre!
- NUÑEZ. Señor!
- (Juana, D. Fernando y Nuñez forman un grupo á la izquierda custodiados por guardias y sayones. Vargas y D. Gutierre en la derecha.)
- VARGAS. Las misteriosas palabras de esa mujer, despertaron grave sospecha en mi alma, y tras de Nuñez armé gente de mi confianza: el misterioso mensaje á él encaminado estaba; siguiéronle, y con él dieron á la puerta de su casa; trajéronle á viva fuerza, y aquí el escrito se halla.
- GUT. (Cogiendo el papel que Vargas le presenta y leyendo.)
«El conde escribió su última voluntad; Crespo la guarda; hablalle de su tesoro y si no os la da, arrancádsela.»—
Y Crespo?
- VARGAS. En su busca van.
- GUT. Tráemele aquí sin tardanza.
(Vargas desaparece un momento.)
Ah, todos en mi poder!
Ni el cielo mismo los salva!
(Óyese confuso rumor de voces y choque de armas.)

- VARGAS. Perdidos estamos: cunde
en el castillo la alarma,
y enviados son del rey
los que sus puertas allanan.
GUT. Y qué hacen sus defensores?
Aquí de mi fuerte guardia!
VARGAS. Por número superior
es vencida y arrollada.
DENTRO. Viva el rey!
VARGAS. La comitiva
del rey aquí se adelanta.

ESCENA XIX.

JUANA, D. FERNANDO, D. GUTIERRE, NUÑEZ,
VARGAS, MÉDICOS, JUECES, soldados del rey.

- JUEZ. (Á D. Gutierre.) Encerrado en el castillo
y en poder vuestro se halla
el infante don Fernando.
FERN. (Ocupando el centro de la escena.)
Héme aquí.
JUEZ. (Inclinándose con los demas.)
Dadnos las plantas.—
Y ahora, don Gutierre, en nombre
del rey, entregad la espada;
(D. Gutierre resiste y cede ante el jefe de la
fuerza entregando la espada y dejándose condu-
cir, desaparece por la izquierda con Vargas.)
rendíos, que así lo ordena
de Dios la justicia santa.
CRESPO. (Apareciendo entre la multitud.)
Y también lo ordeno yo,
que aquí ya soy el que manda.

ESCENA XX.

JUANA, D. FERNANDO, D. GUTIERRE, NUÑEZ,
VARGAS, CRESPO, Médicos, Jueces, Guardias y Pueblo. Crespo llega cubierto de polvo y con el vestido destrozado.

JUANA, NUÑEZ, y FERN. Crespo!

CRESPO. Os sorprende? Diré

lo ocurrido en dos palabras.

Atraído por la alegre

y bulliciosa algazara

sali al encuentro del rey;

quise ver su egrégia cara,

mas tanto me acerqué á ella

que á poquito más me aplasta.

El rey marchaba sereno:

(Con la accion.) el caballo piafaba.

La gente me oprime; un grupo

que me empuja y acorrala

me echa al suelo, y el caballo

del rey por encima pasa.

Braceo, grito, me ahogo,

advierte el caso el monarca;

á riesgo de ser cadáver

me ve, y se llena de lástima.

Pára, me acuden: del suelo

desmayado me levantan.

Recelando que un intento

traidor al rey me llevára,

mis vestidos reconocen:

buscan, registran, indagan,

al fin dan con mi cartera.

al rey lo escrito declaran,

y en presencia de los jueces

se descubre la empanada.

JUEZ. (Dando la cartera á D. Fernando.)

Vedla vos, por ser el más

interesado en la causa.

FERN. (Leyendo en la cartera.)

«Mi sobrino don Gutierre
tendióme vil emboscada:
él, que hurtó mi testamento,
para heredarne me mata.
En mi voluntad postrera,
que mi propia mano traza,
de nuevo le desheredo:
él me asesina y me infama;
que la justicia del rey
sobre el asesino caiga.»

CRESPO. Permitid, señor, que aún
faltan algunas palabras.

FERN. «Y al que este escrito dé al rey
doy diez mil ducados.»—

CRESPO. Basta:
con eso tengo bastante
para comprar media España.

FERN. Qué rumor es ese?

NUÑEZ. El rey
hace en Olmedo su entrada.

(Lejanas aclamaciones y griterío. Córrense los ta-
pices y se descubre la vista del fondo radiante de
luz.)

DENTRO. ¡Viva la infanta Isabel!
¡Viva don Fernando!

NUÑEZ. (Desalojando el centro de la escena.)
Plaza!

Venid, señor, y mirad:
el pueblo entero se alza
por Castilla y Aragon,
y el mismo rey os proclama.

FERN. Antes déjame llenar
una obligacion sagrada:
don Gutierre va á morir;
en premio de tu constancia
sean sus bienes y títulos
para tí, y para tu raza.

(D. Fernando llega á las almenas del fondo segun-
do de la comitiva. Juana ocupa el primer término
de la izquierda: Nuñez la contempla con paternal
cariño.)

JUANA. Para curar mi honda herida,

pa-re-mio de mi alma,
dad-me todo vuestro amor!

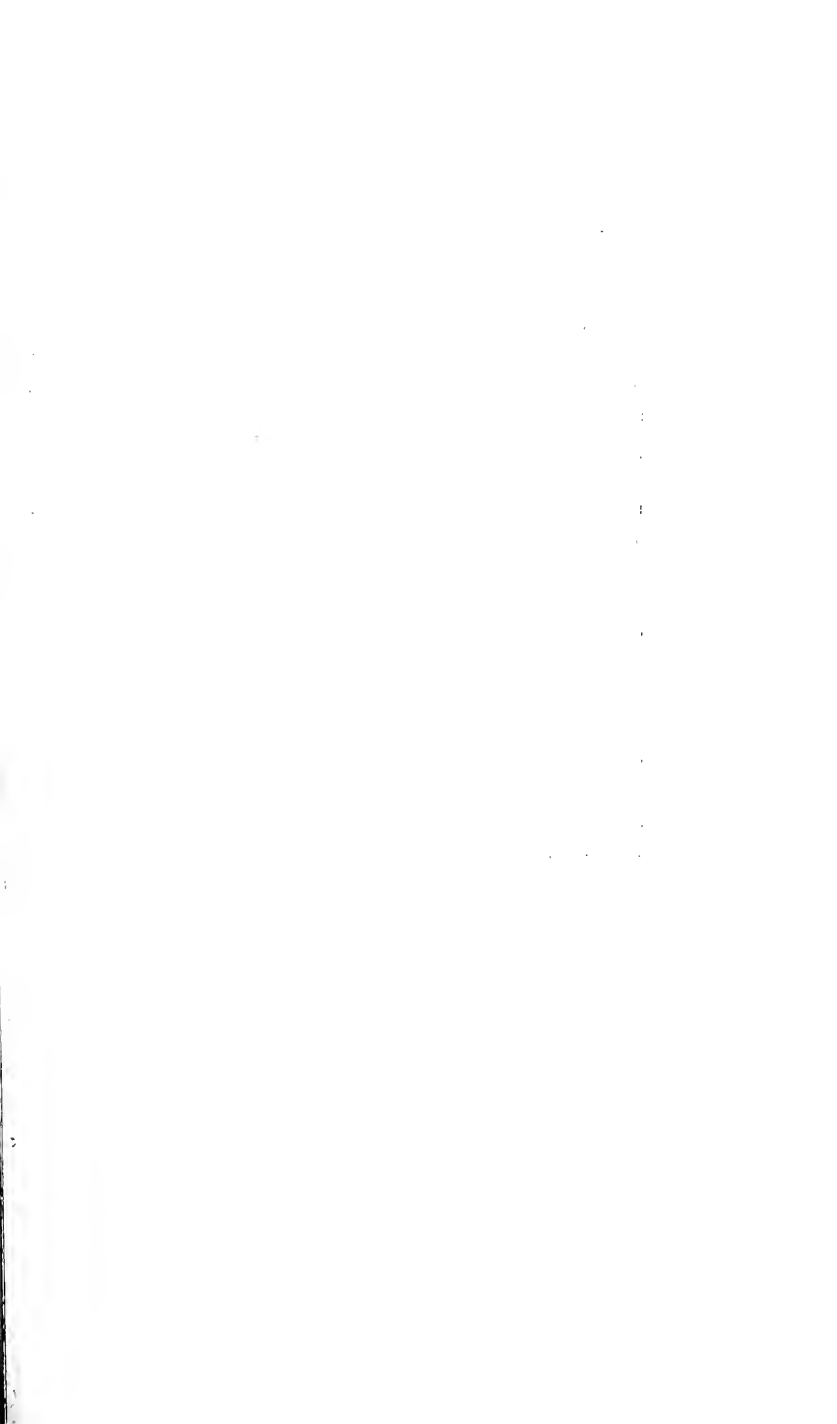
NUÑEZ. Hija mía idolatrada!

(Quedan unidos en un tierno abrazo y cae el telón al fuerte de orquesta.)

FIN DE LA OBRA.

A LOS SEÑORES DIRECTORES DE ESCENA.

Deseando los autores de esta zarzuela evitar á todo trance el suntuoso y abigarrado espectáculo con que se presentan en su estreno algunas obras lirico-dramáticas; resueltos á no acudir á semejante recurso, bueno acaso para disimular sus defectos, pero malo sin duda alguna para el órden administrativo de las empresas, cuyos intereses en modo alguno pretenden lastimar, llaman la atencion de los señores directores de provincia hácia los términos tan sencillos como útiles para los efectos escénicos, con que la presente obra fué representada. Fácil es tambien de lograr la indispensable exactitud en los trajes, tanto por su construccion sencilla como por su reducido número, cuya importante circunstancia, que fué acogida por la Empresa del teatro de la Zarzuela con singular satisfaccion, fijándose en primer término en el que visten los juglares, cuyo figurin se halla en este teatro, y del cual se dará copia á los señores Directores que la reclamen.



PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15 Rue Monsigny, Paris.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

